

LIBRO PRIMERO

La inocencia

INICIACIÓN

Le parecía que todo lo arrojado allí de la urbe, con desprecio, escombros y barreños rotos, tientos viejos y peines sin púas, botones y latas de sardinas, todo lo desechado y menospreciado por la ciudad, se dignificaba y se purificaba al contacto de la tierra.

(Pío Baroja, La busca)

I *Los peregrinos*

Muchas calamidades habían azotado las tierras altas a lo largo de su historia, tantas que ya no cabían en la memoria humana. Entre todas ellas, el duro invierno que se marchaba no era más que una anécdota. Pasados de quince días sin nevadas, comenzaba un tímido deshielo bajo cuya influencia bajaban torrentes de las montañas para llenar los valles de los hombres con pantanos de aguas frías.

En cuanto el paso de Pkenan se hizo practicable, apareció en Aeawar el primer correo, ordenando a la kkwala el regreso a la capital, con el mandato de custodiar los esponsales de Rija Ikkikma, princesa heredera de Kreva.

La kkwala era la milicia que el príncipe soberano desplegaba en provincias para defender a sus habitantes y, sobre todo, asegurar la recaudación de las tasas reales. Había permanecido acuartelada todo el invierno y no eran necesarias medidas especiales para preparar su marcha. A los tres días de recibir la consigna, los trece batallones asignados al valle de Nazarahrht formaban dispuestos para la partida.

Aunque, por expreso deseo del gobernador, todo había sido organizado con entera reserva, nadie logró evitar que la noticia acabara filtrándose a la población. Las gentes de Aeawar no entendieron la llamada de las tropas justo cuando eran más necesarias. Extrañas cosas habían sucedido en los últimos tiempos, y era sensación general que los percances se incrementarían en cuanto remitieran las copiosas nevadas del invierno glacial. Con las temperaturas suaves de la primavera, los wuk despertaban hambrientos y, como los deshielos, abandonaban las cumbres para buscar alimento en los valles poblados. Tampoco se demoraría la primera oleada de peregrinos de las regiones de oriente, que huían de las plagas que asolaban los confines del mundo conocido, bautizado como *Wurm kka Ezyack* por los sabios de las eras antiguas. Generaciones de emigrantes habían traído consigo las enfermedades que creían dejar atrás, y ahora la peste gris, cuyo nombre en xqoqguo, wfjaoj woxqa, era uno de los pocos vocablos perteneciente a una lengua misteriosa que había sido importado al lhygla de los humanos, extendía su manto sombrío desde la remota y casi desierta ciudad de Nerapr, hasta la archiconocida Gran Puerta de Kreva.

Pero lo que más atemorizaba a la gente común no eran las alimañas, ni las infecciones, sino la proliferación de extrañas criaturas del subsuelo, que ya eran conocidas en épocas pretéritas, pero que en los últimos años venían apareciendo con mayor frecuencia. Algunos las

confundían con simples bestias dañinas y era costumbre organizar partidas de caza cuando se las veía merodear cerca de las aldeas. Para otros, eran verdaderos monstruos de la naturaleza y cuando se referían a ellos solían utilizar la palabra en xqoquo con la que se nombraban a sí mismos: *kzij*. Eran pocos los que podían decir, sin faltar a la verdad, que habían visto uno de ellos, o que sustentaran con pruebas los grandes estragos que se les atribuían: homicidios, secuestros, ataques a rebaños, incendios de granjas... La realidad era que los *kzij* acostumbraban a encontrar su alimento bajo tierra, y el fuego, la claridad del día, o cualquier luz intensa, no eran de su agrado. Por otra parte, era cierto que desde hacía un tiempo aparentaban haber cogido gusto por la superficie, o quizá habían aprendido a organizarse, y empezaba a ser habitual verlos merodear en grupo por los caminos. Aunque se movían con torpeza a la luz del sol, eran difíciles de atrapar. Nunca se alejaban demasiado de las masas boscosas y aprovechaban a la perfección la infinidad de agujeros del subsuelo, minado como una caries por gigantescas riadas subterráneas, para desaparecer con rapidez ante la menor amenaza.

La población de Aeawar tenía suficientes razones para sospechar que el año que iniciaban sería el más duro que habían conocido en décadas, y la marcha de la *kkawla* los dejaba al albur de lo que estuviera por venir. Todo el mundo se preguntaba cómo afrontarían lo que les deparaba el futuro, cuando hasta el viento gélido de las montañas parecía soplar con más fuerza. Miles de personas se congregaron en las afueras de la ciudad, a orillas del río *Taavtān*, para abuchear al ejército el día en que partió hacia *Kreva*. Poco más pudieron hacer. Cuando el último soldado se hubo perdido de la vista, un triste silencio quedó flotando entre la muchedumbre desamparada.

Nadie se figuró que el gobernador había partido de incógnito, camuflado con toda su familia entre los carros de intendencia de la *kkawla*. Cuando se supo, la inquietud se vio sustituida por el temor indisimulado. Pocos creían en el regreso de las autoridades y la mayor parte veía lo sucedido como un episodio más de la lenta migración de la raza *y_rrik* hacia el oeste del *Wurm kka Ezyack*, hacia la seguridad y prosperidad del fértil valle de *Nztyahrah*, protegido de los malos aires de levante por la extensa cordillera de *Mohnahrteht*.

Los peregrinos de oriente aparecieron antes de lo que nadie había previsto, confirmando los peores augurios. Cientos de familias desesperadas llegaron cuando las temperaturas aún eran insufribles, y no se sabía cuántas más habrían sucumbido en el viaje, congeladas sobre el grueso manto de nieve y hielo que cubría las llanuras de *Naokha*, defensa natural por el este

de la capital del valle de Nazarahrht. También llegaron más apestados que nunca. La gente salía a los caminos para apedrearlos e impedirles la entrada en la ciudad, aunque eran pocos los que intentaban hacerlo y la mayoría pasaba de largo y continuaba su marcha remontando el curso del río Taavtan.

El pánico tomo asiento en la población. Los apellidos prominentes de Aeawar no tardaron en cargar sus pertenencias en grandes carromatos y ponerse en camino, también hacia Krevā, refugiados de la ventisca bajo amplios toldos y bien provistos de reservas de alimentos. De igual manera, las familias humildes, con lentitud al principio, pero pronto de forma continua, empaquetaron sus bienes en un fardel y partieron hacia el paso de Pkenān, por la calzada de los bosques de Uunortoh. Era un viaje de más de doscientas leguas, cargado de peligros y con la incertidumbre de un clima que todavía no se había desprendido de los rigores del invierno. Nadie, sin embargo, creía que lo que los esperaba delante fuera peor que lo que dejaban atrás.

A Raqo Wwarta le costaba entender por qué, después de tantas generaciones de convivencia con la naturaleza, la gente odiaba el valle y huía con precipitación. En realidad, en los últimos tiempos abundaban en el mundo las cosas difíciles de comprender. No admitía explicación por qué esa extraña peste universal que era el wǵajoj woxqa no sólo impregnaba a los seres vivos, sino también a las piedras, a la atmósfera y a las hojas de los árboles; ni por qué los que escapaban de ella parecían a su vez contagiados de otro padecimiento: la angustia total. Incluso él sentía la degradación creciente que flotaba en el aire, como un anuncio de las catástrofes por venir.

Al antiguo zekgda se le antojaba infinito el grupo de enfermos de peste gris que veía desfilar ante sus ojos, remontando la corriente del Taavtan, como un ejército de desposeídos que volviera de una guerra perdida. Era pequeño, sin embargo, frente a la descomunal hilera de gente sana que marchaba en la misma dirección. Impresionaba ver a quienes se ponían en camino con lo puesto, como evadidos de una prisión. Raqo Wwarta se preguntaba cómo harían para sobrevivir, cuando se necesitaba más de un mes para alcanzar Krevā y por la noche las temperaturas bajaban tanto que aún se congelaba el agua de los odres.

—¿No sientes lástima por el destino de esta gente, Iuse Rerik? —preguntó al muchacho sentado a la grupa de su jiqh, que negó con la cabeza.

—No puedo soportar el wǵajoj woxqa. Me da asco.

Raqo Wwarta se giró, sorprendido, para observar por unos instantes sus profundos ojos negros, única cosa de su rostro que asomaba por la máscara de cuero que lo escondía.

—Nunca olvides que el primer requisito para degenerar como ellos es tenerles asco en vez de lástima, Iuse Rerik, chico del demonio. ¿Nunca podré enseñarte nada, verdad? —rezongó, aunque sin obtener más respuesta. No era habitual oír hablar a Iuse Rerik, y Raqo Wwarta se persuadió de lo mucho que le había afectado la imagen de los desheredados del valle de Nazarahrht—. Durante algunas semanas compartiremos viaje con esta gente y habrá tiempo para que te familiarices con su aspecto.

Raqo Wwarta y su acompañante también llevaban por destino Kreva, la capital del Wurm kka Ezyack, y guiaron su jiqh siguiendo la larga caravana. El antiguo zekgda, que trataba de estar atento a todo lo que sucedía a su alrededor, desvió la atención sobre un jinete peculiar, que contemplaba la marcha parado junto al borde de la vía. Abridado con una gruesa capa de piel, ocultaba la cabeza bajo una amplia capucha, que velaba su semblante de curiosidades indiscretas. Montaba un jiqh de pelo azul. Raqo Wwarta sabía que esos wuk se criaban, sobre todo, en el Mohnahrteht, e intuyó que su dueño era un wdraki de El Gerak.

—Es extraño ver a un guerrero cabalgando por los valles —le dijo a Iuse Rerik, sin esperar una contestación—. Rara vez salen de las montañas.

Cuando pasaron junto al desconocido, comprobaron que bajo la capucha llevaba una máscara que preservaba aún más, si cabe, su identidad. Su presencia emitía una imperceptible aura que la gente respetaba sin querer, desviándose de la trayectoria, si era necesario, para no pasar demasiado cerca. Los jiqh eran unas bestias por lo general tranquilas, pero era difícil imaginar una montura más inmóvil que la de aquel individuo. Ambos no parecían sino una estatua del paisaje. Raqo Wwarta conocía demasiado bien la cultura wdraki para dejarse sorprender por la peculiar estampa de aquel sujeto. En otro tiempo él había sido zekgda, una categoría de agentes encargados de recorrer los Tres valles en busca de niños de raza yerik con la tez *brillante*, que separaban de sus familias y llevaban a El Gerak para que se convirtieran en wdraki. Ya nadie sabía cuándo se dictó la ley que obligaba a los nacidos con semejante tono de piel a engrosar las levas de El Gerak, pero era una norma que nadie discutía; en realidad, que nadie se atrevía a discutir. Todo el mundo conocía alguna familia de la que había sido arrebatado un niño, que no volvían a ver jamás. En el pasado, Raqo Wwarta había cumplido con firmeza su cometido como zekgda, pero ahora renegaba de su antiguo oficio.

Salió de sus reflexiones al oír los chillidos de la gente sana que exhortaba a una columna de apestados a desviarse del curso del río y transitar fuera del camino. Lo que se había iniciado como una tímida protesta en seguida degeneró en un tremendo escándalo, y no tardó en caer una lluvia de piedras sobre la hilera de enfermos, que se apartaban para marchar campo a través. Raqo Wrrarta era de naturaleza alegre, pero no consiguió impedir que se le quebrara el ánimo.

—¡Parad! ¡Qué hacéis, estúpidos! —gritó, lanzando su jiqh negro contra los más ruidosos, haciendo ostentación de su espada amarrada al cinto—. ¡Os he dicho que basta ya! ¿O alguien quiere que lo libre de la preocupación de ser un apestado? ¡Conozco el método más efectivo para huir del contagio y lo llevo atado a mi cintura!

El alboroto se calmó. La muchedumbre sólo buscaba problemas con quien sabía que no podía devolvérselos, y era mejor no discutir con un hombre armado. Un infectado de wíjaoj woxqa se acercó a Raqo Wrrarta, alzando una mano gris y acartonada, para pedirle alimento y protección. El antiguo zekgda eludió que lo tocara.

—No puedo daros comida, tendría que llevar para todos y apenas tengo para mí —contestó. *Además, en pocos días estaréis muerto y todo lo que comáis hasta entonces se habrá desperdiciado*, pensó, sin lograr reprimir la vergüenza.

A pesar de la calma, el grupo de apestados no hizo intención de regresar al camino. Sabían que volverían las pedradas en cuanto no hubiese un acero para contenerlas, y la mayoría estaba demasiado enferma para defenderse. Algunos incluso pensaban que era preferible encontrar un lugar discreto, alejado de las caravanas, donde tumbarse para siempre, a convertirse en un montón de carroña al borde de la calzada.

—¡Un jaaok, un jaaok! —exclamó alguien—. ¡Hay un jaaok entre los contagiados!

Entre la raza yerik llamaban jaaok a quienes tenían la piel brillante y se habían escondido desde la infancia para evitar ser capturados por los zekgda y llevados a El Gerak. Los jaaok constituían el último escalón del desprecio humano, por debajo incluso de los apestados, porque la gente llana consideraba que, rompiendo la ley, habían gozado de un privilegio que nadie más había osado tener.

Un adolescente escuálido, manchado de barro, mal vestido con ropas remendadas y mugrientas, cayó sobre la nieve, expulsado a patadas de entre la multitud. Raqo Wrrarta miró de soslayo a Iuse Rerik, para asegurarse de que mantenía el rostro cubierto y las manos

enguantadas. La muchedumbre parecía haber conseguido un trofeo importante. Lahe Kokkuar, el jaaok, apenas lograba camuflar bajo una manta raída su piel inmaculada, la más lustrosa que viera nunca Raqo Wwarta, que tampoco recordaba un color en la mirada como el suyo, de una tonalidad azul que sólo había conocido en las profundas aguas del lago Hēhttuhdah, en un infausto amanecer en el remoto valle de Londrah. Le llamó la atención el tremendo desconcierto del muchacho, que obraba con mucha torpeza intentando ocultarse entre los apestados, algo tan inútil como pretender disimular un tizón sobre un manto de nieve. Se preguntó cómo habría sobrevivido tanto tiempo a la ira de la población, que amaba los chivos expiatorios casi tanto como a sus propios hijos.

Antes de que Lahe Kokkuar alcanzara a levantarse, recibió una patada que lo hizo volver a caer. Era el momento esperado por todos los demás. Una masa de espectros grises cayó enloquecida sobre él, deseando vengar en su piel, nítida y sin tacha, la afrenta de las suyas, grises y acartonadas, consumidas por el wfjaoj woxqa. Tullidos y enfermos desataron una lluvia de pisotones. Los que ya no podían andar, y eran transportados en angarillas, lanzaban piedras.

Por fortuna, la peste gris era un mal que petrificaba los músculos y, aunque con dificultades, Lahe Kokkuar conseguía retrasar el linchamiento, revolviéndose como una serpiente y arrastrándose para tratar de alejarse. Alguien le golpeó la espalda con una estaca, arrancándole una mueca de dolor. Raqo Wwarta comprendió que su vida corría verdadero peligro y se acercó al tumulto; pero su espada no le imponía el mismo respeto a los desahuciados que a los sanos. Lahe Kokkuar escapó de sus atacantes para refugiarse entre las patas del jiqh negro, lo que le dio apenas unos segundos de respiro.

—¡Por qué no lo dejáis marchar de una vez! —gritó el antiguo zekgda—. ¡No veis que es sólo un muchacho, que no es responsable de nada!

—¡Yo tampoco soy responsable! —contestó un apestado, enseñando su pecho surcado de grandes manchas grises—. ¿Quién me deja marchar a mí?

Raqo Wwarta se dio cuenta demasiado tarde de que era inútil pretender razonar con la barahúnda caótica, que sólo buscaba alguien en quien vengar sus miserias, sin atender a más consideraciones. Todos sus intentos de calmar a la multitud resultaron inútiles. Antes de que pudiera echar mano de su espada, fue derribado de la montura. Sintió en su cara los mismos golpes que antes viera recibir a Lahe Kokkuar y fue consciente de que el gentío ya no pensaba en otra cosa que acabar

con el chico y quizá con él. Pidió ayuda a Iuse Rerik, al que nadie había desmontado del jiqh, quizá por su inquietante aspecto; pero no observó el menor signo de atención por parte de éste.

—¡Iuse Rerik, esto es muy serio! ¡Si no haces nada ahora nos van matar!

Lahe Kokkuar vio, como entre sueños, la pose indiferente del muchacho camuflado, del todo ajeno a la violencia desplegada a su alrededor. No logró entender por qué no bajaba del jiqh y luchaba para defenderlos. Un golpe en la nuca hizo girar todo a su alrededor y cayó al suelo. Un último pensamiento le dijo que tendría difícil recuperar la vertical.

Sin embargo, cuando el linchamiento parecía inevitable, todo se detuvo. Impulsada por una orden no dicha, la muchedumbre se apartó, formando un círculo expedito alrededor de Lahe Kokkuar y Raqo Wrarta, como si de repente se acabaran de convertir en divinidades. *Es un wdraki, un wdraki de El Gerak*, se oyó una voz anónima.

El antiguo zekgda se levantó y, sin percatarse de que había alguien junto a ellos, ayudó a incorporarse a Lahe Kokkuar, que tenía una pequeña herida en la cabeza y varias magulladuras. Sin embargo, no parecía dolerse de nada. Contemplaba fascinado el enigmático porte del jinete que había acudido a socorrerlos con su alto jiqh azul. Fue entonces cuando Raqo Wrarta reparó en la presencia del individuo, que tanto respeto, o miedo, hasta el punto de haber impuesto la paz con su sola presencia, infundía a la multitud.

—Os doy las gracias, señor —dijo Lahe Kokkuar, esperando alguna reacción por su parte. El wdraki, sin embargo, no ofreció la más mínima señal de haberlo oído. Advirtió que no podía saber si lo estaba mirando. En realidad, ni siquiera estaba seguro de que hubiera una persona bajo aquella gruesa capa.

—Yo también os agradezco vuestra intervención —terció Raqo Wrarta, sin obtener más respuesta que Lahe Kokkuar—. En los tiempos que corren es bueno tener cerca alguien que sepa deshacer entuestos con facilidad y la vuestra es sin duda la manera más simple que he conocido en toda mi vida. Como os imagináis, nos dirigimos hacia Kreva, y desde luego que estaríamos muy honrados si aceptarais nuestra compañía.

—Lo siento, pero acostumbro a viajar solo y nunca llevo un rumbo fijo —contestó el desconocido. Tenía una voz profunda y medida, casi cavernosa, y pronunciaba las palabras con lentitud, con una entonación que sonaba a la vez reflexiva y amenazadora. Raqo Wrarta, que no había esperado sacar ningún fruto de su propuesta, tuvo la

sensación de que se hallaba frente a un gran wdraki. Conocía bien la máxima impartida en El Gerak: no ceder una pulgada de ventaja al contrario. Era una norma que aplicaban en cada minuto de su vida. El buen guerrero era un ser hermético, pétreo e inescrutable.

—En cualquier caso, en los pocos momentos en que coincidamos en ruta, me agradaría charlar con vos —respondió, sintiéndose estúpido por su absurda cortesía.

El wdraki correspondió con una leve inclinación de cabeza y siguió su camino, apartándose de la caravana en dirección a un pequeño bosquecillo en lo alto de una loma. De un wdraki nunca podía decirse hacia donde iba. Tomaría una senda, o marcharía por una ladera escarpada; daría un rodeo, o evitaría darlo, según un antojo imposible de predecir.

Ж

Raço Wwarta concentró toda su atención en Lahe Kokkuar, que permanecía inmóvil con la mirada fija en el jinete que se alejaba. Cuanto más lo observaba, menos duda le quedaba de que era un verdadero jaaok, porque con una apariencia tan llamativa como la suya no habría aguantado ni medio año a la luz pública sin que alguien hubiera ido a buscarle donde fuera. Tenía el pelo del tono del cobre, tan radiante como su piel, y a pesar de su desaliño, de sus uñas negruzcas y sus ropas mugrientas, impregnaba cada uno de sus movimientos de una gracia que no lograba pasar desapercibida. Raço Wwarta conocía muchos casos de niños escondidos desde su nacimiento para evitar *la recluta*, eufemismo con el que se disimulaba el apresamiento de los zekgda, y sabía que cuando trataban de integrarse en la sociedad eran incapaces de valerse por sí mismos. La mayor parte acababan proscritos, asesinados por bandoleros, o esclavizados como vasallos de algún terrateniente sin escrúpulos.

—¿Y tú de dónde vienes, muchacho? —preguntó con severidad, empleando el mismo tono que usaría para hacer confesar a un niño el robo de una naranja. Lahe Kokkuar lo miró unos instantes, bajó los ojos y se encogió de hombros, agotando su ya de por sí escasa paciencia—. ¡Por todos los dioses, es que nadie va a hablarme ya hasta que me muera! ¿Es esa una nueva peste de los valles? ¿La mudez?

Lahe Kokkuar mantuvo la mirada en el suelo, avergonzado. Los brazos le colgaban flojos y era la estampa perfecta del desamparo. Raço Wwarta intuyó su desconcierto. Era demasiado inmaduro para su edad. Se imaginó una larga infancia encerrado entre la penumbra de las mis-

mas cuatro paredes, oteando el mundo exterior, si acaso, a través de una estrecha rendija por la que se filtraba un poco de luz. Cualquier niño de diez años sabría moverse en sociedad con mayor destreza que aquel adolescente harapiento, que además se obstinaba en no dar respuesta a ninguna de las cuestiones que se le hacían: *¿dónde está tu familia?, ¿tienes familia?, ¿de dónde vienes?*

—No vienes de ninguna parte, ¿verdad? —coligió el antiguo zekgda, sin disimular su contrariedad—. Eres un muchacho estúpido, no tienes donde ir y te empeñas en no contestar a mis preguntas. Lár-gate pues a tu ninguna parte.

Sin levantar la cabeza, Lahe Kokkuar se dio media vuelta, recogió de la nieve su capote milenario y empezó a caminar en la misma dirección que había tomado el wdraki. Raqo Wwarta, sin embargo, no parecía dispuesto a permitir que se marchara. Cuando no se había alejado ni media docena de pasos, lo llamó y lo hizo volver.

—¿Tienes hambre? —preguntó, aunque no necesitaba la respuesta. Tomó un octavo de queso, que guardaba, entre otras cosas, en una enorme alforja colgada de su jiqh, y se lo lanzó. Lahe Kokkuar lo devoró con ansiedad—. Tampoco vas a decirme cuánto tiempo llevas sin comer, ¿verdad? Es igual. ¿Quieres acompañarnos? ¿No? ¡Por todos los dioses, no vas a contestarme con algo más que un monosílabo! La gente se comunica mejor con más de dos palabras; ¡considéralo una manía!

—Sí... gra... gracias —balbuceó el muchacho.

—Di algo más, o no te dejaré subir a la montura —le apremió Raqo Wwarta. Lahe Kokkuar lo miró durante un minuto largo, sin hablar, desconcertado por aquel modo de decir las cosas que, para él, no tenía precedentes y le costaba interpretar.

—Yo quiero que me llevéis a donde vos vayáis, señor —respondió al fin.

—Entonces tendrás que ir a Kreva, que es a donde nosotros vamos —concluyó el antiguo zekgda, invitándolo a subir—. Este otro descerebrado con el que compartirás viaje se llama Iuse Rerik.

Los jiqh eran unos wuk dóciles y grandes, medían ocho pies de altura hasta la cruz y para ellos no era problema cargar con tres personas. Sin embargo, era algo complicado que los montaran más de dos jinetes: tenían un grueso pelaje, que los resguardaba de las temperaturas extremas de las montañas, pero dificultaba la cabalgadura. Se les solía despejar el pelo de la zona central del espaldar, lo que permitía que se colocaran sobre ella dos personas con relativa comodidad; pero la tercera no tenía más remedio que acoplarse en la parte salvaje del

lomo, muy resbaladiza, con riesgo de caerse al menor despiste. Lahe Kokkuar no consiguió subir por sí mismo y tuvo que ayudarlo Iuse Rerik tirando de su brazo. *El muchacho enmascarado es muy fuerte*, pensó. Desde que se juntaron no había dicho una palabra y la mayor parte del tiempo había conservado la mirada perdida, sin fijarla en nada. Cualquier cosa impresionaba al espíritu todavía por formar de Lahe Kokkuar, pero lo que más le había impactado eran las apariencias rocosas y ensimismadas de los dos personajes embozados.

—Será mejor que te ates las piernas a las correas de las alforjas —recomendó Raqo Wrrarta—. Las jornadas hasta Krevá serán muy largas y pareces un chico un poco bobo. Como te duermas, que te dormirás, te caerás al suelo y te partirás el espinazo. Entonces yo me arrepentiré de haberte dado hasta el más minúsculo trozo de queso que te hayas comido.

Lahe Kokkuar sujetó con una pequeña cuerda su muslo derecho, contento de haber encontrado alguien que pudiera hacerse cargo de él. No tenía la menor idea de lo que era Krevá. Aún no estaba muy avanzada la mañana y quedaba mucho camino por recorrer hasta el final del día. El antiguo zekgda le pasó un trapo con el que limpiarse del rostro la sangre coagulada. No estaba muy cómodo, pero le daba igual. De hecho, se consideraría la persona más afortunada del mundo si no tuviera que bajarse nunca más de aquel jiqh.

Raqo Wrrarta decidió mantenerse a una prudente distancia del camino, aunque no pensaba que corrieran especial peligro. Gran parte de la gente sana estaba tan molesta como los apestados por la presencia de un jaaok en la caravana; pero no lo suficiente como para enfrentarse a un acero. Desde hacía varias generaciones la kkawla se encargaba de la seguridad en los Tres valles, que durante todo ese tiempo habían atravesado un periodo de relativa paz, sin grandes contiendas que relatar de padres a hijos. Los ciudadanos normales habían perdido la costumbre del uso de las armas, hasta el punto de dejarse amedrentar por una simple espada amarrada a la cintura.

El jiqh se empleó a fondo durante el resto de la jornada y llegaron a la minúscula aldea de Taakame con la noche ya caída, sin haber parado a descansar, ni haber probado bocado. Las calles estaban desiertas y se detuvieron en la primera casa que encontraron. *Por lo menos esta noche no tendremos que dormir al raso*, se congratuló Raqo Wrrarta. Las viviendas abandonadas a lo largo del camino se habían convertido en una suerte de albergues para peregrinos. Al entrar descubrieron que ya había tres personas durmiendo, pero no les importó,

una vez que se hubieron asegurado de que, al menos en apariencia, ninguno de los tres estaba enfermo de wfjaoj woxqa.

Cuando ya estaban instalados, el antiguo zekgda reparó en una trampa en el suelo, obstruida por la pata de una mesa.

—Veamos qué hay allí abajo, Iuse Rerik —dijo, desenfundando su espada—. Siempre es bueno saber lo que hay bajo tierra, si puede escapar de ella.

Apartaron la mesa y descendieron al sótano, iluminados por un pequeño candil de petróleo. Apenas tardaron cinco minutos en regresar, pero a Lahe Kokkuar se le hicieron interminables.

—La gente siempre posee más cosas de las que puede llevar de viaje —comentó Raqo Wwarta, cargado con un jubón y unos pantalones, más o menos de la talla de Lahe Kokkuar, además de una gruesa capa de piel de xze, que reemplazó a la prenda inservible con la que trataba de abrigarse.

Encendieron un minúsculo fuego en el hogar y cocinaron una torta con masa de trigo, que el antiguo zekgda guardaba en sus inacabables alforjas, sin ocuparse lo más mínimo de los individuos que roncaban a su alrededor.

—Tenemos que economizar alimentos a partir de ahora —dijo Raqo Wwarta según empezaba a sentirse el olor de la comida—. No creo que haya oportunidad de aprovisionarse hasta que lleguemos al valle de Nztyahrah.

Repartieron el pan cuando aún quemaba los dedos. Aquel era el primer bocado caliente de Lahe Kokkuar en muchísimo tiempo.

—No puede hacer demasiado que saliste de tu escondite —reflexionó el antiguo zekgda, dirigiéndose a él según masticaba—. No más de un mes. No hubieras aguantado el invierno al raso, arropado con ese estúpido trapo. Ahora las temperaturas han subido, antes hubieras visto amanecer transformado en un carámbano. ¿De verdad no tienes familia? ¿Han muerto?

Lahe Kokkuar escuchaba en silencio, contestando con monosílabos cuando podía decir *no* y con un encogimiento de hombros cuando debería responder otra cosa. La interminable charla del antiguo zekgda favorecía su actitud. Raqo Wwarta estaba contento de tener alguien que diera señales de vida mientras hablaba, aunque no participara en la conversación. De Iuse Rerik apenas conseguía decir si estaba o no despierto. Sus movimientos eran mínimos y parecía capaz de mantener la misma postura durante horas. No sabía mucho de él, a pesar de que llevaban algo más de un año conviviendo juntos, porque apenas opinaba sobre ninguna cosa y aparentaba no recordar su pasado. Lo en-

contró vagando por los bosques y decidió tomarlo a su cargo por motivos que no le gustaba recordar. Había gastado los últimos años malviviendo en los bosques de Ehnronn, al norte del valle de Nazarahrt, pero allí el día a día se había hecho insoportable debido a la proliferación de kzij y ahora pensaba instalarse en Kreva. Percibía que se había hecho mayor y la vida nómada ya no era para él. *Los bosques son más peligrosos de lo que nunca fueron*, solía decir.

—¿Qué es Kreva? —preguntó Lahe Kokkuar, aprovechando una de las escasas pausas en su alocución.

—¿Nunca te habló nadie de Kreva? —fue la inmediata respuesta de un sorprendido Raqo Wwarta—. Pues Kreva es la ciudad más imponente que nunca verán tus ojos, Lahe Kokkuar, tanto que cuando estés en ella pensarás que los dioses envían las miserias a las demás poblaciones y reservan para ella las riquezas. En Kreva las calles se empiedran de mármol y granito, y cada edificio que se levanta nace con la obligación de rivalizar con los anteriores en tamaño y gracia. Además, Kreva es la urbe de los apellidos más notables del Wurm kka Ezyack, los que con su opulencia podrían destruir y construir todas las ciudades de los Tres valles si en ello estuviera su capricho. ¡Qué diablos! ¡Si sólo con la madera y los herrajes de La Gran Puerta bastaría para levantar una aldea entera!

Hasta un joven tan candoroso como Lahe Kokkuar logró percibir cuánto fascinaba al antiguo zekgda hablar de la capital del valle de Nztyahrah, que lo era, por extensión, de todo el mundo conocido. Sus ojos brillaban, iluminados por el tenue resplandor de la hoguera moribunda, según iba exponiendo la interminable descripción de sus maravillas; tantas que parecían no caber en el lenguaje humano.

—Yo no quiero ir a Kreva —gruñó Iuse Rerik, saliendo por un momento de su estupor—. ¿Por qué ir a Kreva? No nos espera nada. Yo quiero ir hacia el sur. No iremos a Kreva.

Lahe Kokkuar se sobresaltó por la brusca interrupción. Sin darse cuenta, había seguido la charla de Raqo Wwarta vagando con la imaginación por los recónditos callejones de la lejana Kreva. Este, impaciente, torció el gesto, dando a entender que aquel comentario no era sino la continuación de una disputa anterior.

—Quítate el sur de la cabeza, Iuse Rerik. Yo no volveré allí y tú no lo conocerás —sentenció, empleando el tono más desabrido que acertó a fabricar—. Si quieres ir al sur tendrás que ir solo y yo me olvidaré de ti para siempre; pero recuerda, Iuse Rerik, lo que te espera. No creo que se te haya olvidado cómo era cuando estabas solo.

Iuse Rerik clavó sus ojos en él por un instante; luego arrojó un tronco sobre los rescoldos aún calientes y se tumbó a dormir, con ma-

neras ostentosas de fastidio. Raqo Wwarta no añadió nada más, pero desenfocó la mirada, enfrascándose en fúnebres reflexiones, lo que era muy significativo en él. Lahe Kokkuar era tal vez el muchacho de su edad más inocente del Wurm kka Ezyack, pero a cambio tenía desarrollada una poderosa intuición. No le fue posible interpretar los pensamientos de Iuse Rerik, disimulados bajo la máscara de cuero, que no se había quitado ni para comer; pero había creído percibir el olor del miedo frente a él.

Cuando Lahe Kokkuar despertó, ya no quedaba rastro de los desconocidos con los que habían compartido alojamiento. Él no sabía nada de maneras sociales, pero le desconcertaba la anónima migración de las gentes de Nazarahrht, capaces de seguirse durante jornadas enteras en el camino, tan próximos unos de otros que casi llegaban a tocarse, pero siempre eludiendo hacerlo, como si no se vieran entre sí.

—Es el miedo al contagio —explicó Raqo Wwarta cuando reanudaron la marcha—. En realidad la gente no se va del valle, sino que huyen los unos de los otros.

La calzada se alejaba del río Taavtān para adentrarse en los páramos de Thnohwohtna, una extensa llanura que ascendía en ligera pendiente hasta la villa de Rarat, a las puertas de los bosques de Uunortoh, donde el terreno de nuevo se volvía escarpado. El tránsito por los páramos resultaba llevadero, a pesar del frío, porque la capa de nieve era más delgada. Iuse Rerik descendió del jiqh y, con un lacónico *caminaré un rato*, continuó a pie, lo que permitió a un agradecido Lahe Kokkuar acomodarse mejor. El roce de las cuerdas que usaba para sujetarse había acabado por hacerle tanto daño, que sólo se las anudaba cuando se sentía muy cansado.

En aquellos parajes volvieron a encontrarse con el wdraki. Lo hallaron parado al borde del camino, cepillando el pelaje de su jiqh azul con un atado de ramas de pino. *Los wdraki son muy obsesivos con sus animales*, le susurró Raqo Wwarta a Lahe Kokkuar, temeroso de ser oído a pesar de la distancia que aún los separaba. *En realidad los wdraki son obsesivos con todo*.

Cuando pasaron a su lado, el antiguo zekgda saludó con un cortés *llevad buen viaje*, que fue correspondido. Para su sorpresa, el wdraki se reincorporó a su montura y avanzó a su ritmo. Aunque Raqo Wwarta sabía que era ocioso pedirle que se identificara, quiso hacer el intento de trabar conversación con él.

—¿Y venís desde muy lejos? —preguntó, cuando ya llevaban media hora de silenciosa caminata.

—Sí, ciertamente —contestó el wdraki—. De los bosques de Johrdanth, y antes del valle de Rxahtoyahr.

—¿Ah, sí? —Se apresuró a decir Raqo Wwarta, asombrado de tener una respuesta a su pregunta—. Sois una excepción pues. Habéis entrado en Nazarahrht en lugar de salir de él, como hace todo el mundo. ¿Cómo están las cosas en el sur? Nadie sabe lo que ha pasado este invierno. Oí que aún no se tienen noticias de Wark. Parece que allí proliferan los kzij más que aquí, suponiendo que eso fuera posible.

El wdraki no contestó y Raqo Wwarta, satisfecho con lo logrado, no osó volver a interrogarlo. Continuaron la marcha en silencio, hasta que, al cabo de unas horas, el sol, apenas un tenue reflejo cegado por las espesas nubes invernales, alcanzó su cenit. A veces, el wdraki se alejaba una veintena de pasos del camino, echaba un vistazo a algún recodo y volvía a reunirse con ellos. Otras veces apremiaba a su jiqh, más ligero que el de Raqo Wwarta, para que se pusiera al trote y se adelantara, sin ningún motivo aparente.

—El mundo que ven los wdraki no es exactamente el mismo que vemos los demás —comentaba el antiguo zekgda—. Ni siquiera al contemplar un hierbajo.

Lahe Kokkuar reparó en el contraste de las estrecheces que padecían ellos tres, cabalgando un único jiqh, con la holgura con que viajaba su acompañante. Preguntó si sería posible que Iuse Rerik, o él mismo, compartieran montura con el wdraki. Raqo Wwarta estalló en una sonora carcajada.

—¡Lahe Kokkuar, no has entendido nada de lo que te he contado sobre esta gente! —exclamó entre risas, complacido por la ocurrencia—. ¿De verdad crees que un wdraki permitiría que alguien viajara a su espalda? ¡Eso sería conceder demasiada ventaja, incluso si se trata de un chico famélico como tú! Eso y cualquier cosa. En realidad, nunca están dispuestos a conceder ninguna ventaja. Esconden todo; no dan nada. Rara vez hablan de su origen y, por supuesto, nunca de su destino, o de sus intenciones, incluso de sus armas. ¿Has observado ese largo bastón envuelto en cuero, atravesado sobre los lomos de su jiqh? No es un bastón, claro está, sino una espada. Los wdraki nunca llevan espadas en la cintura, las llevan en la mano; pero nunca verás a nuestro ilustre desconocido separarse de su envoltorio. Aunque no pienses que es el único acero que lleva. No me extrañaría descubrir media docena de armas bajo su capa. Por supuesto, si el wdraki pensara que nosotros lo sospechamos, entonces las llevaría en otra parte.

La descripción del perfecto guerrero llenó de inquietud a Lahe Kokkuar; sin embargo, pareció captar la atención de Iuse Rerik.

—Sólo hay dos principios en la vida de un wdraki: el control y la lucha —continuó Raqo Wwarta—, y sólo como medios fundamentales para un único objetivo: ganar en la batalla. Cualquier otro principio está supeditado a estos dos, incluso la vida humana. La suya y la de los demás. Si para resolver una contienda debe dar la vida, el wdraki lo hará sin dudar. Pero tampoco dudará si lo que debe hacer es conservar su vida y sacrificar la del resto. Es lo que les enseñan en El Gerak. La victoria a través de la muerte, se podría decir. He llevado hasta allí decenas de niños, almas puras todos ellos, y los he visto crecer y transformarse en lo mismo. ¿Acaso tiene alma un wdraki? Yo a veces lo dudo; pero entonces... ¿cuándo la pierden? Mírate a ti mismo, Lahe Kokkuar: si me hubiera cruzado en tu infancia, ahora tú estarías montado un jiqh como ese, con el rostro encapuchado, yendo y viniendo, calculando el mejor momento para dios sabe qué. Te habría sido otorgada la potestad de decidir quién debe morir y quién no, con sólo desligar tu espada de su funda.

Según acababa de decir esto, volvieron a reunirse con el desconocido, que los había esperado al borde del camino. Lahe Kokkuar lo miró con algo de temor.

—Me pregunto qué razón tiene para no alejarse demasiado de nosotros —murmuró Raqo Wwarta, que comenzaba a sospechar del interés del wdraki.

Iuse Rerik había hecho media jornada a pie y Lahe Kokkuar se ofreció a intercambiar con él su posición en la montura. Descubrió que la marcha que llevaban era más ligera de lo que había pensado y hacerla sobre un palmo de nieve resultaba bastante fatigoso. Al cabo de una hora tuvo que reincorporarse a los lomos de jiqh, un poco avergonzado. Fue consciente de su precaria condición física, en contraste con la de su compañero de viaje, y ya no le pareció tan injusto ser relegado a la parte más incómoda de la cabalgadura.

Ж

Emplearon algunos días en llegar a la población de Rarat, durante los cuales tuvieron que dormir al raso. La vida a la intemperie no era una novedad para ninguno de ellos, salvo quizá para Lahe Kokkuar. Cada jornada, con la caída de la noche, establecían de forma rutinaria un minúsculo campamento. El wdraki no dejó de marchar a su lado, pero desaparecía con la puesta de sol, para volver a aparecer al día siguiente, cuando reanudaban el camino. Lahe Kokkuar moría por saber cómo se las componía para acampar tan misterioso personaje.

Raço Wwarta aprovechaba los descansos del viaje para enseñar a Lahe Kokkuar algunos trucos para la supervivencia al aire libre. Amasaban harina cada cuatro días, que guardaban entre paños húmedos para mantenerla fresca. Todas las noches había que humedecer de nuevo el envoltorio, que con el paso del tiempo se había enmohecido.

—No te preocupes por los mohos —le recomendó—. En realidad ayudan a fermentar la masa.

—Nunca me han preocupado los mohos, algunos de ellos saben bien —fue la respuesta de Lahe Kokkuar, haciendo que Raço Wwarta se preguntara qué tipo de dieta habría seguido durante su presumible infancia a buen recaudo.

El antiguo zekgda hallaba brotes comestibles hasta en los fibrosos tallos de las plantas hechas al frío. Para cocinar en el suelo helado, preparaba una cama de piedras, entre las que intercalaba las raíces y los tallos más duros. La nieve, derretida por el fuego, hervía entre las piedras y reblandecía las verduras, que luego asaban en un plato gigantesco, donde también cocinaban las tortas de pan. Iuse Rerik observaba todas estas maniobras con indiferencia, mientras que Lahe Kokkuar memorizaba cada detalle con fascinación. A Raço Wwarta no se le escapaba la, en apariencia, ilimitada capacidad de aprendizaje del muchacho.

—Es como si estuvieras vacío por dentro y empezaras a llenarte —solía decir, complacido.

Cuando llegaron a Rarat, dejaron de ver al wdraki por algunos días. Se trataba de la última localidad antes de la travesía de los bosques de Uunortoh y, cuando aún faltaban un par de jornadas para arribar, el terreno se hizo más accidentado. Encontraron la ciudad medio desolada. La mitad de la población había partido, aprovechando el paso de la kkwla para atravesar los bosques a su estela, y los que se habían quedado marchaban ahora a empujones, desalentados por el constante fluir de caravanas que huían del valle. Se alojaron en una casa abrigada, donde pernoctaron un par de noches.

—Siempre es bueno recargar el espíritu bajo un cómodo techo. Sobre todo, después de atravesar los páramos —filosofaba Raço Wwarta.

Lahe Kokkuar no tuvo la oportunidad de conocer Aeawar y le impresionaron las edificaciones de Rarat. Raço Wwarta no había perdido la costumbre de interrogarlo por su procedencia, aunque seguía negándose a contestar, quizá porque no quería recordar un pasado tormentoso. En esto era muy parecido a Iuse Rerik y le hacía perder la tranquilidad.

—¡Estoy harto de vosotros dos! Os guío, os doy de comer, ¡os protejo con mi espada! A cambio, sois todo gratitud —solía decir con iro-

nía, cada vez que veía fracasada una larga cadena de preguntas sin respuesta—. Os enseño todo lo que sé y no me correspondéis con nada. Sea así, no me importa. Los placeres de la vida te irán desatando la lengua, Lahe Kokkuar. Te aseguro que, para cuando estemos en Kreva, conoceré la raíz de cada pelo de tu cabello.

En tales ocasiones, Lahe Kokkuar guardaba silencio, esperando con paciencia a que amainaran las reconvenciones. Al cabo de unos minutos, el antiguo zekgda recuperaba sin falta el ánimo jovial y hablador que acostumbraba.

La vía de los bosques de Uunortoh estaba muy transitada, porque el paso de Pkenan era el único que comunicaba el valle de Nazarahrht con el de Nztyahrah. El wdraki misterioso se dejaba ver con menor frecuencia. Si bien avistaban su silueta de vez en cuando, recortándose sobre las peñas, no volvieron a encontrárselo en el camino. Tampoco había forma de ver apestados de wfjaoj woxqa, aunque Raqo Wwarta sabía que cruzarían los bosques por alguna parte. A cambio, pudieron compartir el viaje con familias enteras a las que no les molestaba la condición de jaaok de Lahe Kokkuar. Una de ellas, la familia de Aen Gahareq, estaba compuesta por su esposa, Haula Kokccto, y sus cuatro hijos, tres niños que no superaban los diez años y una muchacha adolescente, a los que transportaba en un sólido carromato repleto de provisiones. Aen Gahareq era un campesino de Aonkkar, una minúscula y tranquila aldea de las dehesas de Nontahr, al sur del Taavtan, donde los kzij no habían provocado sustos de importancia, que, angustiado por los rumores que anunciaban grandes desastres con la llegada de la primavera, había decidido empaquetar sus pertenencias y migrar a Kreva. Una y otra vez solicitaba el consejo de Raqo Wwarta. No estaba del todo convencido de haber obrado con cordura.

—Debí haber esperado a la primera cosecha, es lo que debí haber hecho —lamentaba con facilidad—. Ahora tendríamos algo más para vender en Kreva, hacer dinero e instalarnos cómodamente.

Raqo Wwarta observaba de reojo las cuatro docenas de sacos de harina que transportaba, debajo de sus hijos, en su carro gigantesco; el montón de embutido y carne salada y, sobre todo, los cinco barriles de vino de lerawo, que escondía tras una manta, y sólo podía llegar a una conclusión.

—Aen Gahareq, amigo mío, no le deis más vueltas, habéis tomado la decisión correcta. Todo lo que lleváis se vende fácilmente y a buen precio en el mercado de Kreva. El príncipe compra toda la harina que viene de provincias para abastecer las reservas de la capital, y la charcutería de las dehesas de Nontahr es conocida, aún más, es valo-

rada y se paga bien entre las clases acomodadas. Haréis dinero suficiente para estableceros mientras os inventáis algún negocio de artesanía. ¿Sois habilidoso?

—No os hacéis a la idea. Lo comprenderíais mejor si conocierais el pequeño lugar de donde procedo. Todas estas ropas con las que viste mi familia las ha hecho mi mujer. El calzado lo hice yo. La carreta, los barriles, los sacos, cualquier cosa de la que haya tenido necesidad, también. El pequeño agricultor del valle de Nazarahrht tiene que saber valerse por sí mismo si quiere ver llegar la primavera.

—Sea pues —dijo Raqo Wrrarta, simulando una mueca de infinita paciencia—. Y dejad de llorarme como una plañidera.

A medida que se acercaban a los bosques de Uunortoh, el paisaje comenzaba a hacerse espeso y sombrío. Frente a ellos se alzaban las estribaciones de Mohnahrteht, que elevaban el horizonte por encima de sus cabezas y recortaban las horas de claridad. Las jornadas se hacían más duras, el camino empezaba a tender hacia arriba y la nieve, que casi no tenía presencia desde que abandonaron Rarat, volvía a amontonarse bajo sus pies, aunque la gran cantidad de transeúntes la había aplanado lo suficiente como para no entorpecer demasiado la marcha. Raqo Wrrarta, que ya no sabía las veces que había hecho ese mismo recorrido, conservaba su charla intrascendente, hablando, por ejemplo, sobre las mejores técnicas de pesca en ríos congelados; pero Aen Gahareq delataba cierta inquietud.

—Jamás en mi vida había salido de las dehesas de Nontahr —comentó una vez, abrumado por la diversidad de la vegetación, incapaz de disimular la prevención que le causaba—. Desconocía que crecieran tantas especies en un clima tan frío; es difícil ver más allá de unos pasos a través de los arbustos.

—Amigo Aen Gahareq —lo tranquilizó Raqo Wrrarta—, esto no es nada comparado con lo que nos espera en el paso de Uunortoh. Todavía no hemos llegado y ya comenzáis a temblar. Creedme que no es tan peligroso como parece. Yo mismo he estado allí decenas de veces y mirad —añadió, descubriéndose la manga para mostrar su brazo derecho, exento de heridas de importancia—. ¿Lo veis? Ningún rasguño.

—Pero, amable Raqo Wrrarta, ¿cómo podemos estar seguros de que no nos atacarán monstruos escondidos entre tanta planta?

—¿Queréis decir kzij? Olvidaos de eso, en mi vida los he visto deambulando por estos parajes —mintió Raqo Wrrarta, si bien era cierto que no creía que fueran a sufrir ningún percance, porque sabía que

los monstruos nunca se presentaban en grupos demasiado numerosos, y confiaba en que el excesivo tránsito de aquellos días los ahuyentaría—. Si acaso nos topáremos con algún wuk, una que otra manada de yoh merodeando por las noches. Lleváis tantas provisiones que los atraéis como el azúcar a las hormigas. Pero se los mantiene fácilmente a raya con un buen fuego, y madera es lo que sobra en los bosques.

—Si hay wuk, ¿por qué no vamos a matarlos? —intervino Lahe Kokkuar. El antiguo zekgda lo miró con sorpresa.

—Lahe Kokkuar, chico del demonio, ¿no preferirías esperar a que nos ataquen? ¿Por qué ibas a querer matar a un animal que no te ha hecho nada? No se debe matar si no es por necesidad. ¿No te enseñaron eso en tu ninguna infancia?

—A los wuk sí. A los wuk sí hay que matarlos.

Raço Wwarta observaba boquiabierto la contundencia que exhibía aquel muchacho cuando hablaba de exterminar wuk.

—¿Qué sucede, tuviste algún problema con las bestias? —inquirió, convencido de haber encontrado una cuña que le permitiría indagar en su misterioso pasado. Lahe Kokkuar, sin embargo, rehusó contestar y se encogió de hombros.

Con la caída del atardecer, se detuvieron al abrigo de una inmensa roca, amparados de los gélidos vientos de las montañas. Aún les quedaba un par de jornadas para arribar al bosque en sí. La acampada se había convertido en el mejor momento del día para Lahe Kokkuar, y no sólo por el descanso, sino porque era la única ocasión que tenía para ver a los hijos de Aen Gahareq, que durante el camino permanecían refugiados en el enorme carromato del agricultor. La hija mayor se llamaba Ruka Levaw. Tenía los ojos verdes, el pelo castaño, la sonrisa franca, y era la criatura más hermosa que había visto jamás, hasta el punto de hacerle perder el habla. Raço Wwarta se había apercebido de ello, y era una de las razones por las que había ajustado su marcha al paso del carro, además de las suculentas provisiones de su despensa, que Aen Gahareq compartía gustoso, contento de la protección que le brindaba la experiencia del antiguo zekgda.

En cuanto las sombras de la noche se cerraban sobre ellos, encendían un gran fuego, que conservaban vivo hasta el amanecer. Raço Wwarta seguía haciendo sus tortas de pan, pero más reducidas, porque ahora las usaba para acompañar la excelente cocina de Haula Kokccto. Cenaban todos juntos alrededor de la hoguera, amenizados por las historietas del antiguo zekgda, en interminable conversación con su nuevo amigo campesino. Iuse Rerik participaba de la comida con el resto del grupo, pero mantenía la disposición abstraída y silenciosa de

siempre. Tampoco Lahe Kokkuar era capaz de decir gran cosa. Del todo carente de maneras sociales, se limitaba a estar pendiente de Ruka Levaw. Una noche creyó ver, sintiendo por primera vez en su vida una punzada de celos, que ella prestaba más atención a la intrigante figura de Iuse Rerik, y dedujo, con la candidez que acostumbraba, que no había nada de interés en su persona. Cuando ambos muchachos se retiraron a dormir, experimentó una irresistible necesidad de compartir sus pensamientos.

—¿Has visto a Ruka Levaw? —dijo en un susurró—. ¿Te parece bonita?

Iuse Rerik no contestó de inmediato, pero advirtió que lo miraba con fijeza. Veía el resplandor de la hoguera reflejado en sus ojos. *No lo sé. ¿A ti te gusta?*, respondió al cabo. Lahe Kokkuar ni siquiera había previsto recibir una pregunta tan directa. Dudó un instante, meditando si debía ocultar lo que pensaba. *Creo que sí*, contestó. *Nunca me había sentido así*. Permaneció ansioso, esperando las reacciones de Iuse Rerik a su confesión, pero ya no se fijaba en él, sino que mantenía los ojos perdidos en alguna parte, sumergido en sus pensamientos, y temió que ni siquiera lo hubiera escuchado. Su mirada, sin embargo, estaba más viva que nunca, y no se le escapó que era la primera vez, desde que lo conocía, que parecía haber un alma tras su máscara.

—Yo me siento así cada día —dijo al fin.

—¿Quieres decir que estás enamorado de Ruka Levaw? —preguntó Lahe Kokkuar, sorprendido y a la vez inquieto.

—No, tonto. ¿Qué insinúas? Me refería a que, no sé por qué, me siento así. En mi vida no he conocido a ninguna chica.

—¿Pero cómo puedes estar enamorado si nunca has conocido una chica? ¿A qué amas, entonces?

Iuse Rerik volvió a demorar la respuesta. Parecía meditarla.

—A un sueño —contestó, tras una espera interminable—. Duérmete, Lahe Kokkuar.

Al día siguiente reanudaron la marcha después de tomar un frugal desayuno, costumbre que había recuperado Raqo Wwarta desde que compartía viaje con la familia de Aen Gahareq, que llevaba entre sus pertenencias un respetable saco de flores de manzanilla.

—No conseguiría ni levantarme sin tomar una infusión calentita —dijo este, cuando ya habían acabado y echaban nieve sobre la hoguera.

—Pues no sabéis lo afortunado que habéis sido por ello, amigo Aen Gahareq —fue la respuesta de Raqo Wwarta, que guardaba en la memoria jornadas enteras sin nada que echarse al colete salvo el agua

fría de un pellejo. Volvieron al camino y siguieron acercándose al desfiladero de Pkenan. En aquel punto, la vía recuperaba el trazado del río Taavtan, cuya superficie helada comenzaba a resquebrajarse en grandes bloques flotantes. La vegetación era ya tan espesa, que sumía el ambiente en una penumbra crepuscular.

—¡Por todos los dioses! —exclamaba Aen Gahareq, algo intimidado por el paisaje que se cerraba sobre ellos —si esto es así ahora, cómo será cuando estemos en el corazón del bosque.

Raço Wwarta sonreía, divertido por lo impresionante que resultaba un campesino que nunca hubiera salido de su región.

—Pues, no lo dudéis, será lo más parecido a conducir por una caverna —bromeaba. La falta de luz obligó a remover el toldo del carromato y Haula Kokccto siguió el viaje acomodada en el pescante, al lado de su marido. Raço Wwarta, que no le quitaba ojo a Lahe Kokkuar cuando éste se los ponía a la hija del agricultor, tuvo una feliz idea.

—Seguro que aún conserváis sitio en alguna parte de vuestra carretera, ¿no es así, estimado Aen Gahareq? Tal vez podríamos aligerar la carga de nuestro jiqh poniendo a alguien, a Lahe Kokkuar, por ejemplo, sobre algún saco.

—Seguro que sí. Subidlo, si a él no le importa hacer el viaje en compañía de mis aburridos hijos.

A pesar de que la idea de sentarse junto a Ruka Levaw hacía de Lahe Kokkuar la persona más feliz de la Tierra, le daba tanta vergüenza, que intentó disimular poniendo tímidas objeciones.

—No quiero oír nada más —zanjó Raço Wwarta, apiadándose del extremo candor del muchacho—. Deja descansar un poco a este viejo jiqh y haz parte del viaje con los hijos de Aen Gahareq, que no te van a contagiar nada, miserable desagradecido. Además, tengo miedo de que te caigas y te rompas la crisma, cada vez es más raro verte sujeto.

Lahe Kokkuar obedeció sin más protesta, contento por subirse al carromato habiendo mantenido a salvo su orgullo. En cuanto hubo ocupado su lugar entre los sacos de harina de la parte trasera, se encontró, intimidado, con la ansiosa mirada de Ruka Levaw.

—Eres guapo, aunque se ve en seguida que eres un jaaok —afirmó de improviso, a gran distancia de la inocencia de Lahe Kokkuar en cuanto al trato con el otro sexo. Las mejillas se le tiñeron de un rojo encendido—. A mí no me importa, pero dí la verdad, ¿en serio has estado oculto desde que naciste? ¡Qué triste! Yo me hubiera muerto en tu lugar. ¡Pasar toda la infancia solo!

—Yo... no estuve solo, no del todo —titubeó Lahe Kokkuar, abrumado por una inquisición tan directa. Raço Wwarta, haciéndose el dis-

traído, no perdía un solo detalle de la conversación. Sabía que la verde mirada de la muchacha sacaría más información en un minuto que doscientas de sus más elaboradas preguntas.

—¡Yo quiero ser un wdraki! —exclamó uno de los hijos menores de Aen Gahareq, que lo hizo callar con una severa reprimenda. Tanto Lahe Kokkuar como Ruka Levaw se dieron cuenta de que su conversación era seguida con excesivo interés por el resto de la compañía, exceptuando, como siempre, a Iuse Rerik. La muchacha se trasladó a la parte trasera del carromato y se mantuvo en silencio durante un rato. Cuando volvió a hablar, lo hizo con un tono más confidencial.

—¿De verdad has estado encerrado? —preguntó de nuevo. Lahe Kokkuar se encogió de hombros, magnetizado por su rostro luminoso—. ¿Pero nunca... nunca salías al exterior? ¿Dónde vivías?

—Bajo tierra —contestó, sin saber qué más decir. Ruka Levaw abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿Quieres decir en... en... en un túnel? —interrogó, mirándolo con una expresión no menos fascinada que si le contara que nació brotado en una huerta. Lahe Kokkuar afirmó con naturalidad. Para él su vida era la más simple del mundo, porque era la única que conocía.

—En realidad, en grutas, como los monstruos —puntualizó sin afectación—. No sé por qué, hay muchas cosas que se me han olvidado. Recuerdo a mi madre...

Lahe Kokkuar perdió el hilo de lo que decía, como si no supiera cómo acabar la frase. Ruka Levaw contempló sus lindas manos, que no desmerecían ni por las cicatrices que le habían dejado sus andanzas entre rocas, ni por sus uñas ennegrecidas por el barro, y le asaltaron deseos de tocarlas.

—¡Y yo que termino harta de soportar a mis hermanos! —exclamó, haciendo una mueca que acabaría por seducir a Lahe Kokkuar, en caso de que faltara algo para lograrlo—. Imagínate de pequeño, solo, es tan... tan triste.

—Pero, yo vi muchas cosas —protestó él, con timidez—. Y nunca he estado solo. Quiero decir, a lo mejor no tuve a nadie con quien hablar, pero siempre me he sentido acompañado. No sólo hacen compañía las personas...

Ruka Levaw pensó que Lahe Kokkuar estaba hecho con la poesía de los juglares. Todo lo que le rodeaba era armónico: la belleza de su rostro, la elegancia de sus movimientos, el tono de su voz y la cadencia de sus palabras. En su minúsculo poblado de Aonkkar conoció un artesano que tallaba preciosas figuritas en los troncos de los árboles, y que aseguraba no tener mérito porque, según él, estaban dentro de la ma-

dera y se limitaba a ponerlas al descubierto. La misma sensación le transmitía el aspecto mugriento de Lahe Kokkuar, su pelo enmarañado, que parecía no haber peinado desde su nacimiento, y toda la suciedad pegada en su cutis de porcelana. Apenas se raspaba la corteza, aparecía la obra de arte que guardaba en su interior.

Jamás había conocido nadie igual en su vida. Imaginó que sería muy fácil enamorarse de aquel muchacho.

II

Los bosques de Uunortoh

Mal cabo de un par de días, fueron tragados por los bosques de Uunortoh. No hubo una transición clara. La vegetación se fue haciendo más frondosa, más alta, y las copas de los árboles más pobladas; todo de forma paulatina. Consideraron que estaban dentro cuando sintieron un bajón de la temperatura. La claridad del sol, debilitada por el espeso follaje, apenas existía, y una tenue neblina fría comenzó a flotar a dos palmos de la tierra helada, perfumando el camino con el olor de la hojarasca podrida. A pesar de los intentos de Raqo Wwarta por trivializar y quitarle importancia al paisaje que los rodeaba, una angustia sorda se apoderó de todos ellos. También al antiguo zekgda le desagradaba la travesía de aquellos bosques donde todos los colores se difuminaban en un boceto de tonos pardos, incluso en los días más soleados del verano. Había recorrido esos mismos parajes más veces de las que alcanzaba a recordar, y siempre trataba de alargar las jornadas para alcanzar el lado opuesto en el menor tiempo posible. Los perfiles del Mohnahrteht se cerraban sobre el desfiladero de Pkenan como un embudo, ciñendo el camino en una minúscula garganta abovedada por la vegetación. El propio río Taavtan se hacía estrecho y profundo, tiñéndose de negro y poblando sus orillas con árboles de ramas torcidas y largas raíces nudosas, que alcanzaban lo más hondo de sus gélidas aguas. Raqo Wwarta los llamó leyjara y enseñó a Lahe Kokkuar que estaban emparentados con los prolíficos mangles del sur. Viéndolos, se tenía la impresión de que se alzaban, como por capricho, para evitar que la claridad siquiera se filtrase por el espacio despejado del río.

De forma espontánea, los anónimos viajeros comenzaron a juntarse en pequeños grupos. Había una tendencia involuntaria a reducir el paso, o acelerarlo, para no transitar en soledad por aquellos escenarios tan lúgubres. Aunque permanecía la desconfianza entre unos y otros, a todo el mundo le confortaba reconocer, un poco más allá, parte del mundo en el que había vivido hasta entonces.

De vez en cuando se alcanzaban a oír extraños rumores que llegaban desde la lejanía, y Aen Gahareq juraba espantado, creyendo ver kzij tras cada árbol.

—Tranquilizaos —decía una y otra vez Raqo Wwarta—. Sólo son manadas de wuk que migran ahora que cede el invierno.

—Bueno, eso no lo mejora en nada, si me lo permitís —contestaba el agricultor, para quien no había palabras en el mundo capaces de hacerle recuperar la calma.

Sus hijos, por el contrario, no parecían demasiado atemorizados, o en cualquier caso lo estaban bastante menos que su padre. Ruka Levaw explicaba a Lahe Kokkuar cómo esperaban vender en la ciudad de Krevá todos los sacos de harina, alquilar una habitación y dedicarse a la reparación de calzado.

—Según dicen, en la ciudad de Krevá la gente no permite que su calzado tenga el más mínimo agujero. Mi padre es muy hábil arreglando zapatos con cola de resina, y yo también. Estos que llevo me los hice yo —afirmó orgullosa, levantando un poco la falda para mostrar sus botines, que estaban limpios porque los daba lustre todos los días nada más subirse al carro, y contrastaban con las alpargatas rajadas por varios lados del muchacho. Este, sin embargo, desvió su atención a los tobillos y fue remontando la pierna todo el tramo a la vista, que ni siquiera alcanzaba la rodilla.

Oyeron entre la espesura el fuerte crujido de una rama, y una bandada de pájaros, de aspecto similar a pequeños cuervos, remontó el vuelo asustada.

—Por cierto, amigo Aen Gahareq —dijo Raqo Wrrarta, empleando con sutileza un tono jocoso—. ¿Os hablé ya de los espectros de los bosques?

—¡Oh, callaos ya! Estáis asustando a mis hijos.

—Quizá sean apestados, que se hayan aproximado al camino para atravesar los bosques —comentó Lahe Kokkuar.

—No creo que sean muchos los que alcancen el otro extremo —señaló el antiguo zekgda—. Los que no hayan muerto de hambre, o de fatiga, perecerán congelados; y los que sobrevivan, serán devorados por los yoh. Verdaderamente no envidio el destino de esa pobre gente.

—Cuando estuve con ellos me daban lástima. Algunos estaban muy enfermos, pero aún así continuaban adelante, como si fueran a seguir vivos mientras no se parasen.

Lahe Kokkuar había esperado que alguna perorata de Raqo Wrrarta sirviera de continuación a sus palabras, pero se halló con un opresivo silencio. Observó una mueca de contrariedad en el rostro del antiguo zekgda.

—¿Qué quieres decir con que estuviste con ellos, Lahe Kokkuar? —inquirió, en tono serio, Aen Gahareq.

—Pues que pasé varios días ocultándome entre los enfermos —respondió este sin ambages—. Alguien me dijo que si me descubrían andando solo por los caminos me acabarían matando de una paliza, y que si marchaba junto a ellos, escondido bajo una manta, llamaría menos la atención.

—¿Varios días compartiendo viaje con infectados? —repitió, incrédulo, el campesino. Lahe Kokkuar supo que algo iba mal en cuanto vio la cara estupefacta de Ruka Levaw.

—¡Oh, vamos! —intervino Raqo Wwarta—. Nadie sabe cómo se contagia el wfjaoj woxqa. He pasado por aldeas donde sus gentes vivían hacinadas y la mayoría de ellos permanecían sanos, y por granjas aisladas donde todos sus miembros habían sucumbido a la peste. ¡El chico está bien!

—Pues yo no lo veo tan bien. ¿Y el otro muchacho que siempre lleváis embozado? ¿Qué más escondéis, *amigo* Raqo Wwarta?

—Llevo muchos días compartiendo viaje con este bobo, y nunca me sentí mejor —contestó el antiguo zekgda, haciendo caso omiso de las insinuaciones de Aen Gahareq—. Vos mismo habéis pasado con él tiempo suficiente para que el mal, si de verdad hubiera algún mal, ya estuviera hecho. Pero, creedme, he visto más peste gris en este mundo que espigas habéis sembrado en vuestros campos, y os puedo asegurar que este idiota está sano.

Aen Gahareq era de naturaleza confiada y se inclinaba a creer en las palabras de Raqo Wwarta; pero aun así pidió a Lahe Kokkuar que regresara a la incómoda grupa del jiqh, junto con Iuse Rerik. Lahe Kokkuar jamás se había planteado de dónde procedía el wfjaoj woxqa, ni conocía la idea del contagio; pero no se le escapó la inquietud que todo aquello sembraba entre sus compañeros de viaje. Aprendió que debía ser más prudente con lo que decía. Una vez casi lo lincharon por su aspecto demasiado saludable, y ahora generaba desconfianza por su supuesta enfermedad. El mundo era complicado en exceso.

Aen Gahareq prefería cualquier mal antes que transitar por los bosques de Uunortoh sin la compañía de Raqo Wwarta, por lo que no puso demasiadas objeciones a que continuara a su lado, con su jiqh y los dos muchachos; sin embargo, no permitió que Lahe Kokkuar volviera a subirse al carromato.

Las noches en la fría atmósfera de Uunortoh eran muy similares a las que habían pasado en la llanura de Thnohwohtna, salvo por las dimensiones de la hoguera nocturna, y porque era imposible encontrar claros en un bosque tan cerrado. Siempre acampaban, cuando todavía quedaba luz, al abrigo de una peña, y enviaban a Iuse Rerik y Lahe Kokkuar, con sendas hachas, a conseguir leña para toda la noche. Iuse Rerik era capaz de cortar el doble de troncos con el mismo número de hachazos que Lahe Kokkuar. En los ratos en los que no estaban acompañados, solían charlar, siempre de temas intrascendentes. Lahe

Kokkuar tenía la impresión de que comenzaba a entablar una tibia amistad con Iuse Rerik, aunque, dado su hermetismo, era difícil estar seguro. Lo único cierto era que el muchacho embozado jamás hablaba con nadie salvo con él.

Las cenas no habían variado de formato, pero como Aen Gahareq ponía mala cara si veía a Lahe Kokkuar acercarse demasiado a su familia, éste optó por sentarse a una prudente distancia de la hoguera. A pesar de ello, eran frecuentes las miradas de complicidad con Ruka Levaw, aunque sus conversaciones se hicieron más ocasionales. Raqo Wrrarta había vivido demasiadas contingencias a lo largo de su vida para dejar que un pequeño contratiempo afectara a su buen humor, y continuó amenizando las veladas con el relato de sus aventuras. Una noche, sin embargo, se cortó en seco. Todos oyeron el rumor de algo que parecía arrastrarse en la oscuridad.

—Querida Haula Kokccto, no sé si rogaros que de una vez dejéis de cocinar como lo hacéis. Estamos atrayendo a todos los wuk en tres leguas a la redonda —comentó el antiguo zekgda, sin dejarse intimidar. Todos, sin embargo, permanecieron en suspenso, porque los ruidos de acecho eran ahora más patentes que nunca.

—Amigo Raqo Wrrarta, no me lo tengáis en cuenta, pero ¿cómo sabéis que se trata de un wuk? —preguntó, asustado, Aen Gahareq.

—¿No os creeríais lo de los espectros de los bosques, no? —bromeó el interpelado, con un humor que fue tratado de odioso por el campesino. Lahe Kokkuar, sin embargo, había aprendido a calibrar el ánimo Raqo Wrrarta, más que por sus palabras, por su mirada, y fue consciente de que algo no iba demasiado bien. Sus sospechas se vieron confirmadas cuando se puso de pie y desenfundó su espada—. ¡Tomad vuestra hacha, rápido!

Aen Gahareq dio un respingo y saltó al carro para hacerse con la herramienta. Iuse Rerik, que hasta ese momento había sido tomado por dormido, se armó con la otra hacha, mientras toda la familia del agricultor se reunía espantada alrededor de la madre. Lahe Kokkuar fue el único que permaneció en su sitio, paralizado por el terror. Sus pensamientos se mantenían bloqueados en un persistente *odio los wuk, odio los wuk*, que repetía para sus adentros. Era la primera vez desde que conociera a Ruka Levaw que su mente estaba ocupada en otra cosa.

—¿Dónde está ahora ese condenado wdraki que os acompañaba? —renegó Aen Gahareq—. Maldita sea, nunca están cuando se los necesita.

Raqo Wrrarta hizo un gesto para que se mantuvieran en silencio y se desplegaran en línea. Aunque Lahe Kokkuar había supuesto que el

antiguo zekgda no era una persona que apreciara demasiado el arte de la lucha, se sintió reconfortado por la imagen que ofrecía con el acero desenvainado, como un trago rojo iluminado por el resplandor de las llamas. Las tres figuras desaparecieron en la oscuridad, y por un momento todo el bosque fue silencio, apenas roto por el crepitar de la hoguera. De repente, oyeron un fuerte estrépito de ramas quebradas, seguido de un caótico jaleo. Una terrible bestia salió de las tinieblas y a Lahe Kokkuar se le antojó un gigantesco demonio de fauces naranjas. Lo único que pudo registrar en la memoria fue el contraste entre el agudo chillido de las mujeres y su propio alarido, descompuesto por el terror. En dos segundos, un wuk cruzó el campamento y desapareció por el lado opuesto.

—¡Pero si era un bāboh! —oyó decir a su espalda.

—¡Un bāboh! ¡Era un bāboh! —gritaron los hijos de Aen Gahareq, maravillados por la experiencia, cuando todo el mundo estuvo de vuelta. Los bāboh eran wuk similares a inmensos cerdos, que habitaban en los bosques más frondosos y se alimentaban de bayas. No eran bestias del todo inofensivas, pero no había nada que temer cuando se los dejaba en paz.

—¡Caramba! —exclamó Raqo Wwarta—. Debe estar muy hambriento para acercarse tanto a la hoguera. El invierno ha hecho verdaderos estragos entre las alimañas del bosque.

El antiguo zekgda volvió a enfundar su espada. Iuse Rerik dejó el hacha en su sitio, con gesto de terrible aburrimiento, mientras Aen Gahareq parecía haber recuperado el resuello. Lahe Kokkuar, en cambio, permanecía inmóvil, tiritando de frío. Dos cosas volvían una y otra vez a su cabeza: la imagen diabólica del bāboh saltando desde la negrura, y su grito de pánico. Se avergonzó por ser tan miedoso.

—¡Lástima que los bāboh sean tan rápidos! —exclamó Raqo Wwarta en cuanto se hubo reincorporado al círculo en torno a la hoguera—. Son de lo poco comestible que puede encontrarse en estos lúgubres bosques. Carne fresca y magra donde las haya. ¡Qué buena combinación, Aen Gahareq, un bāboh, vuestra mujer y un buen fuego! Dan ganas de demorarse unos pocos días en la caza de una de esas bestias.

—Raqo Wwarta, tenéis mi consentimiento para que os deis media vuelta, una vez hayamos salido de Uunortoh, y os dediquéis a la caza del bāboh, la resucitación de los espectros o cuanta cosa os apetezca hacer. Pero no os queda más remedio que solicitar mi permiso si queréis ver asada por mi mujer cualquier *bestia* que caiga en vuestras manos, y os aseguro que, si os retrasáis lo más mínimo en estos bosques, no cenaréis caliente hasta la mismísima Gran Puerta de Kreva.

Todos rieron, desahogando su nerviosismo en el ambiente festivo que había retornado con tanta facilidad. Lahe Kokkuar, sin embargo, permaneció en silencio. No dejó de temblar el resto de la noche, ni tampoco de afianzarse en el fuerte odio que le inspiraban los wuk.

Las reticencias de Aen Gahareq fueron disminuyendo con rapidez, y el trato de Lahe Kokkuar con su familia recuperó la normalidad en poco tiempo. No volvió a sentarse en el carro; pero en los altos del camino le dejaban acercarse a Ruka Levaw. A pesar de que el paisaje siniestro de los bosques de Uunortoh no había mejorado desde que se internaron en ellos, lograron acostumbrarse a las duras condiciones de la travesía, y el campesino perdió la obsesión por los innumerables ruidos de la espesura, permitiéndose el lujo ocasional de seguir las bromas de Raqo Wwarta. El miedo, sin embargo, se instaló en Lahe Kokkuar, que con la visita nocturna del baboh había rememorado tiempos ya olvidados en los que aprendió a temer lo que venía de la oscuridad. Raqo Wwarta lo exhortaba, con poco éxito, para que se atase una pierna a las correas del jiqh.

—No te haces a la idea, muchacho estúpido, de lo que es una caída desde un wuk tan alto; y si te caes, tampoco te van a quedar entendederas para hacértela.

Al cabo de una jornada llegaron al, en palabras de Raqo Wwarta, *único claro decente de los bosques de Uunortoh*. Aunque todavía no estaba muy avanzada la tarde, resolvieron detenerse para gozar del único espacio abierto del que iban a disfrutar en muchos días. A pesar de que aún faltaban meses para que el sol lograra abrirse paso entre las nubes invernales, la contemplación del cielo era un lujo del que no querían prescindir. La amplia zona despejada también había sido aprovechada por otros peregrinos, y entre ellos comenzaba a desarrollarse una incipiente sociabilidad. Aunque mantenían las reticencias, los emigrantes del valle de Nazarahrht intercambiaban tímidos saludos cuando se encontraban en las zonas de descanso. Aen Gahareq tuvo la feliz idea de celebrar los escasos percances de la travesía abriendo un barril de vino de lerawo.

—Amigo Aen Gahareq, ¿por qué no me haría yo, cuando todavía estaba a tiempo, agricultor en vez de zekgda? Cada nueva ocurrencia vuestra supera a la anterior —lo felicitó Raqo Wwarta—. Nada en el mundo me gusta más que el vino de lerawo, salvo, quizá, el aguardiente de Keikka. Solía llevar un barril repleto de okkaxote en cada visita a El Gerak y, aunque no os lo creáis, volaba en cuestión de horas. ¡Los wdraki son disciplinados en todo, incluso en eso! Estos muchachos y yo

pensamos establecernos en Krevā como vos y quizá podríamos hacerlo juntos, al menos mientras dure vuestra reserva.

—Eso estaría bien. Yo repararía los zapatos de las clases adineradas y mi mujer tejería vestidos; pero vos... ¿Vos que haríais, Raqo Wrrarta? ¿Pensáis ingresar en la kkwala o algo así?

—Nada de eso. Estoy tan harto de la espada como en su día lo acabé de *reclutar* infantes. Creo que me dedicaré a contar historias por unas monedas. En Krevā la gente paga por todo, no sólo por comer y vestir, sino también por estar entretenida.

Aen Gahareq destapó una cuba, extrayendo un grueso corcho de la embocadura, y sirvió vino en cuatro escudillas. El vino de lerawo se obtenía de los frutos de la planta del mismo nombre, y era el caldo más popular que se fabricaba en las gélidas zonas del norte, porque tenía la virtud de madurar con los escasos calores del verano. Ruka Levaw declinó tomarlo, al igual que Iuse Rerik, que se fue a dormir contrariado. Daba la impresión de que su talante se volvía más amargado en la medida en que el de los demás se hacía más festivo. Lahe Kokkuar, que en toda su vida no había bebido otra cosa que agua, tenía curiosidad por probar el gusto del vino. Haula Koccto se dedicó a preparar inmensas tortas con harina de maíz, mientras todo el mundo, incluida ella, bebía a cortos sorbos. El vino de lerawo fabricado por Aen Gahareq era fuerte, pero dejaba en el paladar un regusto dulce.

—Lo mezclo con azúcar durante de la fermentación y luego lo completo con un vaso de miel por barril. Es mi receta secreta —le dijo a Raqo Wrrarta, guiñándole un ojo.

Lahe Kokkuar sintió agrado por el sabor del vino. Comió tortas a dos carrillos y vació un cuenco con rapidez. La lengua se le desató sin que fuera consciente de ello, y se atrevió a charlar con Ruka Levaw, logrando incluso el milagro de hacerla reír con alguna ocurrencia. Raqo Wrrarta también daba buen fin al caldo, solicitando nuevos rellenos de su escudilla. Todos siguieron bebiendo cuando hubo finalizado la cena y tuvieron acostados a los niños en el carromato.

—Querida Haula Koccto —bromeó el antiguo zekgda—, no creo que un muchacho imberbe como Lahe Kokkuar sea capaz de escapar al cerco de vuestras tortas de maíz, el vino de vuestro marido y los encantos de vuestra hija. Lo sometéis a un hechizo tan contundente, que fácilmente arderíais en la hoguera por practicar las artes de la brujería.

—En realidad no es mi hija. Es hija de la primera esposa de Aen Gahareq —contestó la interpelada. Haula Koccto solía ser una mujer eficiente y reservada. El vino, como al resto, le había hinchado el espí-

ritu y la animaba a hablar. Se destapó como una mujer fatalista—. Tú, Lahe Kokkuar, deberías casarte mañana mismo con mi hijastra. Con los tiempos que corren, ¿quién se puede permitir desperdiciar un día de felicidad? Hemos visto tanta miseria y es tanta la que aún nos queda por ver... ¡Quién sabe dónde estaremos mañana! Todas las noches me acuesto con la sensación de que no veré crecer a mis hijos, y todas las mañanas me despierto feliz por tenerlos conmigo un día más.

Tras aquella solemne declaración, un ambiente opresivo quedó flotando alrededor de la hoguera. Lahe Kokkuar observó a Ruka Levaw, que concentraba su atención en las llamas, no queriendo mirar a ninguna otra parte. Aunque Raqo Wwarta tuvo que echar mano de todas sus capacidades para recuperar el tono jocoso de la conversación, al cabo de unos minutos todos volvían a compartir bromas entre cada trago de vino.

De repente, la velada le pareció muy distante a Lahe Kokkuar, como si tratara de seguir la charla encerrado en una urna. Aquella noche soñó que dormía en una tumba pisoteada por wuk, mientras Haula Kokccto lo observaba con tristeza y le pedía que, por favor, no se olvidara de desenterrarse al día siguiente.

Ж

Lahe Kokkuar creyó haber despertado cuando vio la imagen de un espectro, sentado junto a él, que lo observaba con atención. El alba comenzaba a despuntar y estaba aterido de frío. Sentía la cabeza como si se la hubieran pateado. Rogó que no fuera demasiado tarde y pudiera quedarse acostado unos minutos más. Se arropó bien, se dio media vuelta, y pretendió seguir durmiendo.

Cuando recuperó la consciencia, la mañana estaba avanzada y ya no hacía tanto frío. El espectro seguía a su lado: se trataba del enigmático wdraki, del que no habían tenido noticias desde que se internaron en los bosques de Uunortoh. Lahe Kokkuar reparó en que no había cambiado de postura desde que lo viera entre sueños, aunque habían pasado varias horas. *Señor, os doy la bienvenida*, saludó con tibieza, incorporándose apenas. Tenía una jaqueca infinita, la boca pastosa, y le dolía el estómago como si le hubieran ensartado media docena de puñales. Miró alrededor y comprobó que se habían quedado solos en la pradera nevada. Añ Gahareq había partido con su familia, no quería retrasarse en aquellos parajes ni media hora. Supuso que había contado con que los alcanzaran más tarde.

El wdraki tomó un odre y se lo alcanzó. La atmósfera en el claro no era tan opresiva como en el bosque cerrado, y se sintió algo mejor

tras un larguísimo trago de agua. Estaba muy cansado y agradeció oír los ronquidos de Raqo Wrarta. Iuse Rerik también dormía.

—Os doy las gracias, señor. No os hemos visto mucho últimamente —masculló.

—No he estado lejos —contestó el wdraki. Lahe Kokkuar esperó en vano a que dijera algo más. Ni siquiera lograba ver su máscara, oculta bajo su amplia capucha.

—¿Vos también vais a Krevá, señor? —se atrevió a preguntar. El wdraki no contestó enseguida. Daba la impresión de repetir varias veces las respuestas en su cabeza, antes de permitir que salieran de sus labios.

—Puede ser —dijo al fin.

—¿Pensáis acompañarnos cuando salgamos del bosque? —inquirió Lahe Kokkuar—. Entiendo que no queráis marchar con todo el grupo en este lugar tan peligroso. Hacemos demasiado ruido, llamamos mucho la atención. Ojalá más adelante sea distinto.

El wdraki alzó el rostro para mirarlo con franqueza, hasta el punto de que consiguió ver sus ojos por primera vez. Al contrario de lo que había previsto, su mirada transmitía sosiego y confianza. Transcurrió otro largo intervalo antes que se decidiera a hablar.

—¿Dime, cuánto hace que saliste de tu escondite?

Lahe Kokkuar advirtió que era la primera vez desde que lo conocían que el wdraki hacía una pregunta. Experimentó la necesidad de sincerarse con él.

—Apenas unas semanas, cuando me encontré con vos, señor. He pasado bajo tierra desde que nací —respondió. Hizo una pausa, tratando de organizar sus pensamientos—. Hay cosas que recuerdo mal... Una vez tuve una madre... Hacía tiempo que vivía solo, no sé desde cuándo. Abajo era peligroso, por eso me marché. Llegaron muchos wuk. Chillaban en la oscuridad y daban miedo. No podía moverme sin que me persiguieran. ¿Sabéis?, yo no sabía nada del mundo de arriba. ¿Es malo este mundo, señor?

El wdraki lo miró como si lo estuviera diseccionando en silencio. Había algo en su aspecto que irradiaba serenidad, pero también una honda amargura. Estaba sentado en la nieve, con las piernas cruzadas y lo que se suponía era su espada reposando en perfecto equilibrio sobre sus rodillas. A pesar de no mover un músculo, se mostraba atento a todo lo que sucedía a su alrededor.

—¿Viste las estrellas alguna vez? —dijo al fin. Lahe Kokkuar negó con la cabeza.

—¿Qué son, señor?

Esta vez la pausa fue tan extensa, que Lahe Kokkuar pensó que había desistido de contestar. Sin embargo, algo le decía que aquel personaje inescrutable tenía deseos de agradarlo. La idea parecía absurda después de lo que Raqo Wwarta había contado de los wdraki, pero él estaba convencido de que gozaba de sus simpatías.

—En el norte rara vez se abren las nubes, apenas lo hacen un par de meses durante el verano —respondió al cabo—. Cuando eso suceda, verás el Sol. Ahora no es más que una tenue claridad, algo que se adivina a través de la bruma; pero cuando lo contemples directamente será una gran bola de fuego que no te permite fijar la vista en ella. Ese día, espera hasta la noche y mira al cielo. Entonces conocerás las estrellas.

Lahe Kokkuar afirmó con la cabeza, preguntándose cómo sería aquello tan maravilloso que se alcanzaba a observar en las noches despejadas; pero el wdraki no había acabado.

—Escucha, Lahe Kokkuar, haz bueno el sacrificio de tu infancia y nunca permitas que te lleven a El Gerak —añadió.

El muchacho se quedó confundido por la recomendación.

—¿Pero vos venís de allí, no es así señor? —dudó—. ¿Por qué no queréis que vaya?

El wdraki lo miró con intensidad, como si fuera el momento de enseñarle la lección de su vida. Lahe Kokkuar no era más que un muchacho alfeñique, casi incapaz de sobrevivir por sí mismo en las tierras altas; pero tenía un don especial, algo que no se podía explicar con palabras.

—El Gerak no es para ti. Aún te queda mucho tiempo para madurar, pero llegará un día en que conozcas lo que ahora te rodea tan bien como lo hiciste con el entorno de tu infancia. Entonces tendrás la necesidad de perseguir otro nuevo mundo, el que no puedes ver, pero sí intuir. Cuando eso suceda, pensarás que tienes que ir a El Gerak. No debes hacerlo. Recuerda el nombre de Nokekta. Ese será tu verdadero destino.

—Nokekta —repitió Lahe Kokkuar, como si hiciera esfuerzos por memorizar—. ¿Qué hay en Nokekta, señor? ¿Cómo iré? ¿Vos me llevaréis hasta allí? ¿Está muy lejos?

—Todo ocurrirá, si ha de ocurrir, a su debido tiempo —fue la única respuesta. Lahe Kokkuar volvió a asentir con la cabeza, como si asimilara con respeto las enseñanzas.

—Una última cosa, señor —añadió y permaneció largo rato en silencio, dudando plantear la pregunta—. ¿Cuál es vuestro nombre?

Se dio cuenta de que había hecho algo muy atrevido, porque advirtió la sorpresa en los ojos del wdraki, algo que había considerado

imposible. En seguida se dibujó una ligera sonrisa en sus labios y esta vez la contestación no se demoró.

—No lo repitas a nadie. Mi nombre es Ketru Taaarwek.

Raço Wwarta despertó entre toses y carraspeos. Él también tenía una fuerte resaca y parecía de mal humor. Cuando vio al wdraki, se limitó a decir *ah, vos estáis aquí*, renunciando a sus habituales fórmulas de cortesía. No tardó en percatarse de que la caravana había partido sin ellos.

—¿Qué ha pasado, dónde están todos? —rezongó, sin disimular su contrariedad.

—Creo que han salido antes —respondió Lahe Kokkuar, consciente de que el wdraki no tenía la más mínima intención de hacerlo—. Así ganan terreno; pero nos reuniremos con ellos más adelante.

—¡Caramba, ese maldito campesino bebió menos que yo anoche, o está más acostumbrado a ello, lo cual me sorprende! —gruñó Raço Wwarta, frotándose la cabeza—. ¡Ah, que afrenta! ¡Al menos podían haber dejado un poco de manzanilla! Se han ido, llevándose todo, precisamente hoy, cuando más necesario era. En fin, pongámonos en camino, mejor antes que después. ¡Me va a oír ese Aen Gahareq cuando lo tenga a mi alcance!

Iuse Rerik también se levantó. En cuanto todo el mundo estuvo en pie, el wdraki abandonó su postura inicial y montó sobre su jiqh. Era su forma peculiar de guardar las distancias. Lahe Kokkuar empe- zaba a asimilar el trato especial que le brindaba, muy distinto del que concedía al resto. En apenas unos minutos levantaron el campamento y estuvieron apiñados en el jiqh de Raço Wwarta. Las ataduras que usaba Lahe Kokkuar para no caerse le habían provocado tales rozaduras, que por un momento se le pasó por la cabeza solicitar al wdraki un sitio en su montura. Desistió de hacerlo, pero una vez más renunció a sujetarse, al menos mientras no apreciara síntomas de fatiga.

Llevaban mucho retraso con la caravana, pero ellos avanzaban más rápidos y Raço Wwarta calculó que con el atardecer los tendrían a la vista. Se emplearon a fondo durante toda la jornada. El wdraki seguía la ruta según su costumbre. No volvió a dirigirles la palabra y era poco el tiempo que permanecía compartiendo su paso. Raço Wwarta, que llevaba todo el día con un pésimo sentido del humor, aprovechó una ocasión en que se había adelantado para empezar a renegar.

—Me pregunto a qué se debe el honor de su compañía. No me gusta verlo aparecer tan de repente. Desconfío de tanto interés, precisamente ahora, que nos hemos quedado solos. ¿Por qué va enmascara-

do? ¿Qué esconde? —dijo con tono enfadado, sin reparar en que su aspecto no difería en nada del de Iuse Rerik—. No quiere que sepamos quién es. Nos hace creer que es un wdraki, pero ¿y si no lo es?, ¿y si es otra cosa? Debería preguntarle su nombre, pero sería malgastar saliva. En las paradas, no te acerques mucho a él, Iuse Rerik. No hasta que hayamos podido identificarlo

Iuse Rerik no contestó, tal vez porque ni siquiera había estado escuchando. Lahe Kokkuar tampoco mostró demasiada intención de resolver las dudas de Raqo Wwarta. Se sentía mal por tener que ocultar que él sí conocía el nombre del wdraki; pero no estaba dispuesto a traicionar su confianza.

El talante del antiguo zekgda, que no era muy bueno al inicio de la mañana, se fue agriando a medida que avanzaba el día. Se internaban en la parte central del paso de Pkenan, el lugar más peligroso de los bosques de Uunortoh. En ese tramo el río Taavtan se hacía subterráneo y las laderas se aproximaban, transformando el camino en un estrecho desfiladero.

—Ha sido una imprudencia por parte de Aen Gahareq partir sin mi compañía justo hoy —refunfuñaba Raqo Wwarta—. No quería asustarle y no le hablé de los peligros de esta zona, pero a fe mía que debería haberlo hecho, mal que le pesara. Ahora lo tendría a mi vera, llorando como una mujer; pero al menos estaríamos juntos. Espero que no haya sido tan estúpido de marchar en solitario. ¡Y con tres niños pequeños!

El bosque siguió haciéndose más espeso, cosa que hubiera parecido imposible. La garganta era muy sombría y los árboles se elevaban hasta cotas imposibles. De sus ramas pendían amplísimas lianas, que se desplegaban como largos tentáculos en el aire, hasta casi tocar el suelo, entorpeciendo el paso. Una frondosa muralla verde, alentada por los humores del río, que transcurría escasos pies por debajo, hacía el tránsito cada vez más difícil. Raqo Wwarta les comentó que todos los años era necesario despejar aquel trozo de la vía, para evitar que el crecimiento desmesurado de la vegetación lo hiciera intransitable; pero que, como se temía, no se había trabajado en él desde la última primavera. Era el paraje con menos nieve que habían encontrado desde que se pusieron en camino; pero la humedad calaba los huesos hasta la médula. Lahe Kokkuar empezó a tiritar. Les costaba un gran esfuerzo abrirse paso entre helechos gigantes y el antiguo zekgda rogó que el carromato de Aen Gahareq no se hubiera quedado atascado en algún punto demasiado estrecho.

El wdraki se adelantó una vez más. Apenas se veía unos pasos al frente y lo perdieron de vista de inmediato.

—¿Dónde va ahora, maldita sea? —juró Raqo Wwarta—. ¿No sabe que en esta zona hay reptiles de cola larga que se te pueden llevar el pie de un bocado? ¿Es que no sabe que ahora conviene ir lo más juntos posible, para que se asusten y se quiten del camino?

En seguida calló, y prosiguieron la marcha envueltos en un angustioso silencio. Si su supervivencia hubiera dependido del ruido que hacían, habrían sido engullidos por docenas de alimañas. Lahe Kokkuar se sentía más tranquilo cuando el wdraki los acompañaba, y estaba convencido de que Raqo Wwarta, a pesar de todos sus denuestos, también. Respiró aliviado cuando apareció de vuelta, informándoles de que había visto la caravana de Aen Gahareq, que iba acompañado por un grupo de braceros que avanzaban a pie. En poco tiempo los alcanzarían.

—¡Fantástico! —exclamó el antiguo zekgda—. ¡Me va a oír ese campesino gracioso cuando lo tenga a la vista!

Lahe Kokkuar estaba ansioso por ver a Ruka Levaw. Al cabo de un rato, cuando se avistaron y cruzaron sus miradas, ella hizo una mueca de alegría.

Sin embargo, apenas gozó de un instante para apreciar su hermosa sonrisa.

Unos bultos extraños surgieron delante de la caravana, cerrándoles el paso. Otros más afloraron entre los espesos matorrales de su flanco derecho.

Todo sucedió con extrema rapidez, y en cuestión de segundos se vieron rodeados por un tropel de criaturas siniestras. Sus rostros aparecían tachonados de deformidades, como si hubieran sido cincelados por un desorden antinatural, y exhibían unas repugnantes pupilas blancas, que daban a sus ojos un viso fantasmagórico. Vestían ropas ennegrecidas por la suciedad de las cavernas y se movían encorvados, con aparente lentitud. No manejaban grandes espadas, pero eran muy peligrosos cuando algo se ponía al alcance de sus herrumbrosos aceros, cuyas hojas no debían medir más de dos palmos de longitud. ¡*Kzij, kzij, kzij!*, se oyó una voz desesperada. Lahe Kokkuar, que en el pasado había tenido innumerables encuentros con ellos, bajo tierra, les tenía un pánico cervical. Apartó la vista, aterrorizado, consciente de que no sería capaz enfrentarlos aunque le fuera la vida en ello, y rogó que todo acabara cuanto antes y sin su intervención. Raqo Wwarta desenfundó su arma y lanzó el *jìqh* contra un grupo que se acercaba. Los *jìqh* eran *wuk* muy fuertes en sus cuartos traseros y el suyo se alzó imponente, aplastando los monstruos más próximos con las patas de-

lanteras. *¡Hay muchos, nunca había visto tantos!*, exclamó. Lahe Kokkuar resbaló de la montura y se estrelló de morros contra el suelo.

Quizá perdió la consciencia durante unos segundos. Cuando volvió en sí, todo le daba vueltas y no lograba controlar dónde ponía los ojos. Percibió una escena casi onírica. Creyó ver a Ketru Taaarwek saltando de su jiqh azul y huyendo hacia la espesura, dejando su capa y su espada tras de sí. Aquello no tenía sentido. *Los wdraki nunca abandonan su espada*, recordó que alguien había dicho. *Los wdraki sólo conciben la victoria en la batalla*. Oyó gritos de terror, que no consiguió identificar. Gritos femeninos y masculinos, gritos de batalla y de agonía. Todo seguía desenfocado, por más que trataba de forzar la vista. La gente estaba muriendo. Reculó por detrás del jiqh, desde el que Raqo Wwarta mantenía cuatro monstruos a raya, y se escondió entre los espesos matorrales que bordeaban el camino.

Había demasiados atacantes y los estaban diezmando. Mientras Lahe Kokkuar trataba de orientarse, creyó ver una sombra que aparecía y desaparecía entre la vegetación. Era tan rápida que no se distinguía con claridad. Cada vez que afloraba, tres o cuatro kzij caían inertes. Pero seguía habiendo infinidad de ellos. Raqo Wwarta lanzaba cuchilladas, sin atreverse a desmontar de su jiqh, con Iuse Rerik agarrado a su espalda. Aún en aquellas circunstancias, el muchacho enmascarado no parecía interesarse por lo que acontecía a su alrededor. Y era una masacre.

De repente, Lahe Kokkuar sintió algo cortante apoyado en su nuca, y una voz áspera y chirriante pronunció a su espalda palabras en xqoq̄uo: *jio wuxw uff̄ qeoqqa!* Cuando se dio la vuelta, se topó con el filo de un estilete presionando contra su garganta, y tras él, un ser que se le antojó espantoso, vestido con ropas de cuero negro, que cubría con una amplia capa del mismo color. Llevaba el rostro oculto tras una máscara y clavaba sobre él una mirada de fuego, mientras insistía en proferir órdenes, o insultos, que no lograba comprender. *¡Bf̄c t̄jeojhej!* La lengua de los kzij le aterrorizaba casi tanto como su aspecto. Notó la punta de la daga resbalar sobre su piel y creyó que también había llegado su hora, que aquel monstruo iba a degollarle, como ya le había sucedido a tantos otros a escasos pies de donde se hallaba. Quiso hacer algo para salvarse, implorar por su vida, pero las palabras no salieron de su boca. *Por favor*, suplicó con un tenue hilillo de voz, antes de elevar sus ojos para encontrarse con los terribles ojos del kzij. Y entonces advirtió cómo, sin motivo aparente, la mirada ignea se turbó.

El ser permaneció inmóvil, observando al muchacho paralizado, mientras el horror de los gritos se hacía distante. Comenzó a murmu-

rar en xqoqeu, pero su voz ya no era chirriante, había perdido aspe-
reza y usaba un tono casi yerik. *Qoau vu, hosqug yqf yj wbfj*, susurró,
avanzando los dedos para tocar su rostro. Sus manos estaban
enguantadas y eran pequeñas. Por alguna razón, quería entretenerse
recorriendo la fisonomía de Lahe Kokkuar. Dibujó sus cejas con los
dedos y los guió para que resbalaran por su nariz, hasta alcanzar la
comisura de los labios. Después los llevó hacia su pelo enmarañado,
donde permitió que se enredaran, fascinado por la textura de sus cabel-
los. Todo lo hacía con ademanes tranquilos, hipnotizados, que desent-
onaban con el estruendo del combate a su alrededor. Sus ojos muda-
ron del escarlata sanguíneo a un púrpura desmayado, del que un leja-
no pensamiento de Lahe Kokkuar insinuó que tal vez fuera hermoso.

Una sombra apareció tras el monstruo. Se trataba de Ketru
Taaarwek que, armado con una espada corta en cada mano, era quien
había estado abatiendo a los kzij. Lanzó una cuchillada certera contra
el pecho del engendro, que se protegió con un movimiento espasmó-
dico, tan inmediato que Lahe Kokkuar sólo consiguió ver el resultado:
había extraído su propio acero y había parado el golpe, sin apartar el
filo del puñal de su garganta. Kzij y wdraki permanecieron unos se-
gundos inmóviles, ambos enmascarados, las espadas cruzadas, obser-
vándose. Lahe Kokkuar fue consciente de que estaba en medio de una
lucha entre dos terribles poderes. Su vida dependía de un simple acci-
dente, como la de un escarabajo al borde del camino.

Recuperando el tono chirriante en la voz, el ser profirió una suerte
de execrables juramentos en xqoqeu y algo parecido a una orden de
viva voz. *¡Qoiu, cbq jegf ujqoaovo!* Al instante, los kzij emprendieron
la huida, evaporándose entre el follaje en un abrir y cerrar de ojos.

Antes de irse, el monstruo lanzó un espantoso grito abisal, como una
espeluznante amenaza que erizó el cabello de Lahe Kokkuar y lo dejó
aturdido por unos momentos. Cuando reaccionó, había desaparecido. El
wdraki no hizo nada por perseguirlo. Parecía confundido, impresionado
por lo que acababa de encontrar. *No era un kzij*, se limitó a decir.

Ж

Cuando los monstruos se marcharon, el bosque quedó sumido en un
apacible silencio. Lahe Kokkuar continuó postrado unos minutos, to-
davía paralizado por el miedo, incapaz de creer que la pesadilla hubie-
ra concluido. A sus oídos llegaron los innumerables sonidos de la foresta,
que de repente le parecieron hermosos, incluso en un bosque siniestro
como aquel.

Raço Wrrarta desmontó de su jiqh y se tiró en el suelo, jadeante. *Maldita sea, en mi vida había visto un grupo tan numeroso*, decía con voz entrecortada. *Esta vez han estado cerca*. Iuse Rerik también descendió, pero no parecía muy afectado y se limitaba a buscar algo entre la crecida vegetación. Mientras tanto, el wdraki limpiaba la sangre negruzca de sus espadas, antes de volvérselas a amarrar en las correas atadas al dorso.

Lahe Kokkuar no había podido evitar que su primera atención se desviara hacia los pequeños detalles. Empezó a ser consciente de lo que sucedía a su alrededor cuando escuchó el tenue lamento de los heridos, que se elevaba sobre el ruido del bosque como los murmullos inocentes de un mal sueño. Inmovilizado todavía por el espanto, trató de engañarse con la falsa convicción de que el ataque no había sido tan terrible; pero su ánimo se fue menoscabando, a medida que observaba los gestos de desaliento de los que habían conseguido sobrevivir.

Raço Wrrarta clavó su espada en el suelo y comenzó a revisar los cuerpos esparcidos entre la vegetación. Los moribundos no gritaban, sino que emitían quejidos apagados, no muy diferentes de los que protestan cuando se les pisa un pie. La voz de Aen Gahareq sonaba de fondo, hablando con atropello, y Lahe Kokkuar se acobardó al ver el gesto descompuesto de Raço Wrrarta cuando levantó la vista para mirarlo. Su carronato iba al frente de la comitiva, justo donde aparecieron los primeros kzij. Un bracero se incorporó escupiendo sangre, antes de introducirse un puñado de nieve en la boca, mientras los gritos de Aen Gahareq iban transformándose en un lamento desesperado. Raço Wrrarta se apresuró a correr en su dirección, pero se detuvo, impresionado, antes de alcanzarlo. Lahe Kokkuar hubiera querido marcharse en aquel preciso momento, huir sin mirar atrás; pero necesitaba ver lo que ya había visto el antiguo zekgda, aun a sabiendas de que tendría que soportar el mismo horror. Cuando llegó a su lado, la voz de Aen Gahareq se había convertido en un llanto histérico.

Haula Kokecto y sus hijos parecían haberse tumbado en el suelo para reposar, pero yacían con posturas de muerto, inverosímiles para un vivo. Uno de ellos apenas se veía bajo el cadáver de su madre, que había tratado de salvarle la vida sin más fortuna que con la suya propia. Aen Gahareq, enloquecido, apretaba contra su pecho los carrillos de los más pequeños, manchados de nieve y sangre.

Raço Wrrarta cayó sobre sus rodillas, abrumado, pero Lahe Kokkuar siguió adelante; le faltaba un cuerpo por encontrar. Lo hizo tras un rastro de maleza revuelta.

Ruka Levaw había sucumbido con una postura natural y se diría que estaba dormida sobre la hojarasca nevada. Su sangre no formaba un charco, sino que se derramaba con un hilillo serpenteante, perdiéndose entre las raíces someras de los árboles. Lahe Kokkuar se sentó a su lado para apartarle los húmedos cabellos del rostro aún caliente. En nada se diferenciaba de alguien fatigado que se hubiera detenido unos minutos para descansar, salvo por el profundo corte abierto en el lado izquierdo de su garganta.

Lahe Kokkuar no recordaba haber tenido ninguna experiencia similar. Si le hubieran preguntado en qué se convertían los difuntos, hubiera respondido que en humo. Era la primera vez que veía la muerte y le parecía un acto sin remedio, como un letargo absoluto de posturas violentas. Quería velar el sueño de Ruka Levaw, pero ¿hasta cuándo? Ni siquiera sabía qué se hacía con los muertos.

Apareció Raqo Wwarta tras él. *Déjala, ya no puedes hacer nada por ella*, le dijo, pero Lahe Kokkuar no se movió un ápice, ni murmuró una palabra. El antiguo zekgda puso una mano cariñosa sobre su hombro. *Vuelve con Iuse Rerik, no la mires más, deja que nosotros nos encarguemos*. Pero el muchacho no oía, y sólo pensaba cómo sería tumbarse junto a ella. Si se lo permitían, se quedaría para siempre. Raqo Wwarta lo levantó por las axilas, inerte como un pelele, como un cadáver más. Los llantos de Aen Gahareq continuaban sonando de fondo, porque gritaría mientras le quedaran fuerzas. Tal vez el sufrimiento se expulsaba por la boca, como los vómitos. *¡Muévete de una vez, chico del demonio!*, exclamó Raqo Wwarta, que ya no estaba para lindezas. *¡No hay nada que puedas hacer! ¡Está muerta! ¿Entiendes? ¡Vete con los demás!*

Lahe Kokkuar regresó con Iuse Rerik, mirando el horror una vez más. Necesitaba hacerlo, porque notaba que sería la última. Vio a Haula Kokccto, a los niños, y cuerpos de individuos anónimos, tirados entre las plantas como árboles tronchados; vio a un herido que enterraba su brazo desgarrado entre la nieve, vio a moribundos desatendidos y a vivos afortunados, inútiles, como él, que sólo se ocupaban de sus cosas, disimulando la alegría de haber sobrevivido para no ofender en medio de la tragedia.

Iuse Rerik había encontrado por fin lo que buscaba entre la maraña vegetal. Cuando Lahe Kokkuar llegó junto a él, devolvía la espada envuelta al wdraki, como una suerte de agradecimiento por lo que acababa de hacer. Ketru Taaarwek aguantó un tiempo larguísimo sin aceptar lo que el muchacho le ofrecía, observándolo con intensidad, como si no hubieran compartido viaje y acabaran de conocerse. Los

dos juntos brindaban una estampa inusual. El wdraki era algo más alto, pero ambos tenían una complexión fuerte. Era extraño verlos mirarse con tanta fijeza a través de las mascararas que les ocultaban los rostros. Lahe Kokkuar pensó que irradiaban poder. Era como si sus vidas fueran a permanecer indemnes de toda catástrofe y tuvieran la prebenda de disponer quién más compartiría su fortuna. Una conversación intrascendente había amparado a Lahe Kokkuar: estaba dentro del círculo. Ni Aen Gahareq, ni su familia, significaban nada para el wdraki: se quedaron fuera. Si Lahe Kokkuar hubiera pensado en ello, le habría dicho a Ketru Taaarwek lo importante que era Ruka Levaw. Y él la habría salvado de la muerte por inercia, sin un rasguño de más, casi de forma rutinaria.

La oscuridad se cernió sobre ellos antes de que hubieran dado sepultura a los cadáveres. Juntaron los cuerpos en una improvisada morgue, a la espera del amanecer. Raqo Wwarta encargó que limpiaran con agua caliente los tajos de los heridos, y que se emborrachara con vino de lerawo a los que no tenían salvación, para acostarlos bajo un manto de nieve y dejarlos morir con el apacible sueño de la congelación. Aen Gahareq no recuperó el sentido y cada cierto tiempo se acercaba a los cadáveres amontonados para contar a sus hijos muertos, con la esperanza de haberse equivocado y que, al menos uno, estuviera vivo en alguna parte.

Aquella fue la primera vez que el wdraki no los dejó con la caída de la noche. Camuflado de nuevo bajo su capa de piel, pasó toda la velada sentado con su arma entre las piernas, y no se sabía si estaba dormido o no. Raqo Wwarta contaba historias de infortunio, acompañado por el crepitar de la hoguera y un círculo de braceros que habían sobrevivido al ataque.

—Nunca me había sentido tan triste desde que volví del sur — confesó, de repente, cortando un pedazo de queso que compartió con Lahe Kokkuar—. Vi algo terrible en el valle de Londrah que, si me lo concedéis, prefiero no detallar. A veces cuesta creer que ciertas criaturas de la naturaleza se alimenten de nuestra misma tierra, o se iluminen con nuestro mismo sol...

Calló unos segundos, mientras dibujaba una mueca de espanto frente a los juegos de las llamas sobre la madera. *Creo que ya no quedan miserias por ver en este mundo. Espero que, al menos, me valga para ahorrarme las del otro*, sentenció.

Llegó el amanecer sin que Lahe Kokkuar hubiera dormido poco más que una cabezada. El suelo estaba demasiado helado para que lo

pudieran excavar, y Raqo Wwarta hizo una descubierta por los alrededores, buscando un lugar en el que dejar a los muertos. Volvió al cabo de una hora, con la noticia de que había encontrado un corro de ceuekrje a un cuarto de legua de distancia. Los ceuekrje eran árboles elevados, de corteza gruesa y esponjosa, fácil de cortar. No era la primera vez que Raqo Wwarta sepultaba un cuerpo haciendo un surco en la nieve y derribando encima uno de aquellos árboles, a modo de lápida. Una vez desarraigados, la cubierta de los ceuekrje se hacía dura como la piedra, y protegía los cadáveres del acecho de los yoh.

Siguieron al antiguo zekgda hasta el lugar escogido. El terreno era tan accidentado, que no les permitió usar el carromato, y tuvieron que acarrear en brazos los cuerpos ya rígidos. Lahe Kokkuar hubiera querido transportar a Ruka Levaw, pero era demasiado peso para él y en su lugar cargó con los restos menudos de uno de los hijos pequeños de Aen Gahareq. Iuse Rerik se encargó de llevar a la muchacha. Ketru Taaarwek no prestó la menor atención a las honras fúnebres y permaneció sentado al borde del camino, sin moverse, esperando a que volvieran para reanudar la marcha.

Cuando estuvieron en el bosquecillo de ceuekrje, dispusieron los cadáveres en fila y los cubrieron con un poco de nieve. Iuse Rerik y algunos de los braceros se encargaron de cortar los árboles, cuya caída guiaban con una cuerda. A pesar de lo duro de la tarea, Iuse Rerik no necesitó turnarse con nadie. Jamás se cansaba. Cada tronco cedía con un crujido seco e inapelable, desplomándose contra el suelo con un poderoso estruendo, al que luego seguía un imponente silencio. A Lahe Kokkuar se le antojó que así debían sonar las almas cuando se marchaban.

Emplearon unas horas en derribar árboles suficientes y, una vez acabado el trabajo, aún se demoraron un poco más, para comprobar la quietud que dejaban a los que por fin descansaban en paz. Fue entonces cuando un extraño delirio acudió a la mente de Aen Gahareq, que se subió a la pila de madera, rogando que le prendieran fuego y lo quemaran con los restos de su familia. No les costó mucho trabajo conseguir que desistiera de su locura, porque el campesino, exento de voluntad, se dejaba hacer como un maniquí. Apagado el escándalo, siguieron unos minutos más frente al mausoleo de troncos. A nadie le apetecía despedirse de aquel lugar con un alboroto. Al marcharse, le invadió a Lahe Kokkuar la más honda de las tristezas, y descubrió que lo más amargo de enterrar a los muertos era la certeza de que jamás se los volvía a ver. Mientras remontaban el bosque para incorporarse al camino, derramó algunas lágrimas, que se secó en una manga con disimulo, haciendo creer que se limpiaba el sudor.

El wdraki no había variado la posición cuando llegaron junto a él. Nada más verlo, Aen Gahareq sufrió una segunda enajenación y, tomando una de las hachas, comenzó a gritar desesperado, acusándolo de cobarde, porque, al comienzo del ataque, cuando miró atrás en busca de ayuda, lo vio desprenderse de su espada y huir como un relámpago hacia la espesura. Raqo Wwarta trataba de calmarlo, porque se había hecho peligroso, sin entendimiento y con un arma entre las manos; pero éste no hacía caso y aumentaba sus injurias, meneando la hoja de hierro a escasa distancia del wdraki, aunque no tan cerca como para hacerle sentirse amenazado. Lahe Kokkuar, que juraría no haberle visto mover un dedo, reparó en que tenía la mano derecha apoyada donde suponía que estaba la empuñadura de su acero. Supo que estaba preparado para el ataque y no dejó de sorprenderle que esto fuera así aun cuando mantenía la misma postura que comiendo, o durmiendo. En aquellos momentos, el destino de Aen Gahareq dependía de unas pulgadas, de una sacudida extraña, de un mal gesto. El wdraki no lo dejaría con vida si sobrepasaba ciertos límites invisibles. Tal vez porque no sabría cómo hacerlo.

Raqo Wwarta consiguió agarrar el brazo del desdichado agricultor, y entre él y Iuse Rerik lograron desarmarlo, convirtiéndolo en un inofensivo despojo lloroso. Lahe Kokkuar respiró aliviado, mientras contemplaba con temor la estampa turbadora de Ketru Taaarwek. Se dio cuenta de que las cosas poderosas en exceso, tanto daba la cólera de un dios, como un wdraki armado, no podían juzgarse como malas ni buenas en su totalidad, y a veces sólo el azar parecía decidir el signo de sus actuaciones.

Cuando ya estaba avanzada la tarde, Ketru Taaarwek se ofreció a acompañar a Raqo Wwarta el resto del viaje. Sólo puso una condición: que transitaran alejados del camino. El antiguo zekgda intentó poner objeciones; recordó que no quedaban muchas jornadas para salir del bosque y que una vez en terreno despejado llevarían una travesía menos sobresaltada; pero ninguna de sus razones convenció a su interlocutor.

—Vos sabéis que no puede ser. Marchar por el camino y en grupo es demasiado peligroso, somos un blanco fácil y volveremos a sufrir otro ataque. No debo recordaros vuestra responsabilidad en la masacre de ayer —acusó el wdraki, compartiendo con él una intrigante mirada, que le hizo bajar los ojos—. Es vuestra carga lo que buscan, ¿es que estáis dispuesto a sacrificar más gente? Separarnos será más seguro para nosotros y para ellos.

Raço Wwarta no halló argumentos con los que refutar al wdraki, porque en el fondo tenía su mismo parecer.

—Dejad al menos que Aen Gahareq venga con nosotros —solicitó. El wdraki negó con la cabeza.

—El carro nunca logrará circular fuera del camino.

—¡A la mierda el carro, lo abandonaremos aquí mismo! —exclamó el antiguo zekgda—. Ese pobre hombre ha perdido la razón, ¿qué será de él si no lo protegemos hasta que la recupere?

Ketru Taaarwek no se molestó en contestar, como era habitual en él cuando encaraba conversaciones que no llevaban a ninguna parte. Esa misma tarde se separaron del grupo, porque no quería pasar una noche más con el resto de la caravana. Aen Gahareq no reaccionó cuando Raço Wwarta le reveló que no continuarían el viaje en su compañía. Sólo él y Lahe Kokkuar se acercaron para despedirse. Era patético verlo subido encima de su inmenso carromato, repleto de provisiones y barriles de vino, con la mirada perdida y solo. Lahe Kokkuar no reprimió las ganas de abrazarlo, era como darle el último adiós a Ruka Levaw antes de la partida; pero el agricultor no hizo ningún gesto de correspondencia. Él ya no estaba, como tampoco estaba ella.

Hicieron un par de leguas alejándose hacia los montes de Yrotiahn, buscando un estrecho sendero que alguna vez empleó Raço Wwarta en el pasado. Según cayeron las primeras sombras de la noche, pararon a descansar. Estaban agotados por todo lo que había sucedido. La acampada recuperó la monotonía anterior a que compartieran la ruta con la familia de Aen Gahareq. Raço Wwarta encendió una respetable hoguera, alrededor de la cual pasaron la velada, mientras asaban tortas en la desgastada bandeja que habían dejado de usar mientras no viajaron solos. El wdraki no compartió la cena con el resto, sino que se alimentó de las provisiones que llevaba en su jih azul: un pedazo de carne seca, acompañado de un par de tragos de un líquido violáceo, que conservaba en un viejo odre.

Iuse Rerik y Lahe Kokkuar estaban demasiado fatigados y se retiraron a descansar en cuanto hubieron acabado su comida. Lahe Kokkuar, sin embargo, no pudo conciliar el sueño, porque no paraba de darle vueltas al infortunio de Aen Gahareq.

—Deberíais llevar al muchacho a El Gerak —oyó que decía el wdraki cuando imaginó que ambos se habían dormido.

—No, no lo haré —se apresuró a contestar Raço Wwarta—. Creedme que he amortizado de largo mi cuota al respecto, si es que existiera alguna. Ya hace tiempo que juré que no volvería a llevar a nadie más allí, y no se me ocurre ninguna forma de que logréis hacerme desistir de mi palabra.

Se produjo un silencio durante el cual sólo se oía el crepitar de las llamas. Lahe Kokkuar contuvo la respiración.

—Ayer cogió mi espada con una sola mano.

—¡Oh!, en cuanto a eso tengo que daros la razón, el chico es muy fuerte —exclamó el antiguo zekgda, haciendo esfuerzos por no elevar demasiado la voz—. Es un caso especial, no se cansa nunca.

—¡No oséis tomarme el pelo, Raqo Wwarta! —advirtió el wdraki, empleando un tono amenazador que puso los pelos de punta a Lahe Kokkuar—. Vos sabéis que no es cuestión de fortaleza. ¿Dónde lo encontrasteis y por qué lo lleváis siempre embozado? Ni siquiera enseña sus manos.

Las preguntas parecían más un interrogatorio, que un intento de satisfacer la curiosidad. *Eso es cosa mía*, contestó Raqo Wwarta. Lahe Kokkuar se preguntó si no estaría tensando demasiado la cuerda, aunque daba la sensación de estar muy acostumbrado a tratar con los wdraki. No se le escapó la diferente actitud de Ketru Taaarwek respecto de Iuse Rerik y de él. Aún tenía muy presente su recomendación para que nunca fuera a El Gerak, y ahora lo veía insistir en todo lo contrario sobre Iuse Rerik.

—No penséis que soy desagradecido con vos —dijo Raqo Wwarta, empleando un tono conciliador—. Si no es por vuestra ayuda, probablemente no hubiéramos sobrevivido al ataque de los kzij. Pero vos me reprocháis que no conteste vuestras preguntas, cuando ni siquiera conozco vuestro nombre.

—Lo sabréis a su debido tiempo —fue la tajante respuesta. Tras una pausa, el wdraki cambió de tema—. La otra noche mencionasteis algo que os ocurrió en el sur, ¿queríais hablarme de ello?

Lahe Kokkuar se admiró de la habilidad de Ketru Taaarwek para detectar los puntos críticos de una historia. Tanto era así, que Raqo Wwarta no contestó, y se separó del fuego para guardar los utensilios de cocina en las alforjas de su jiqh. Sin embargo, en aquella ocasión el wdraki no parecía dispuesto a renunciar con tanta facilidad a una pregunta. Cuando se incorporó a la hoguera, volvió a formularla.

—No me interroguéis más por ello —dijo al fin el antiguo zekgda—. Cuando un hombre quiere dejar atrás una aciaga experiencia, debería ser respetado. Además, bien poco es lo que os podría decir, porque me siento incapaz de explicar nada de lo que vi. El valle de Londrah es un sitio lejano, apartado de las rutas yerik, y pasan cosas horribles.

Raqo Wwarta dudó por un momento si debía continuar, pero no dijo nada más.

—No he estado nunca en Londrah —contestó el wdraki—. Pero, como vos sabéis, he recorrido el valle de Rxahtoyahr y el oriente de

Nazarahrht, y he visto grandes miserias en ellos. Es cierto que están sucediendo cosas extrañas, que algo más que la peste gris asuela el Wurm kka Ezyack. Puedo imaginar lo terrible que sería con lo que os tropezasteis en aquella región tan lejana.

—Con todos mis respetos, señor —dijo Raqo Wrarta, con tono grave—, no podéis hacerlo.

III

El valle de Nztyahrah

Completaron algunas jornadas sin sobresaltos, hasta que llegaron a los límites del bosque. Fueron días tristes. Raqo Wwarta había perdido el gusto por hablar, y ni Iuse Rerik ni el wdraki se molestaban lo más mínimo en hacerlo. Lahe Kokkuar quedó sumido en la indolencia y dormía más de la cuenta, apoyado en la espalda del antiguo zekgda, aprovechando que Iuse Rerik recuperaba la costumbre por marchar a pie. Al contrario que en su límite oriental, la salida de los bosques de Uunortoh hacia el valle de Nztyahrah fue brusca. Nada más dejar los árboles, se hallaron sobre los riscos de Yrotiahn, frente a un inmenso espacio abierto donde la mirada alcanzaba decenas de leguas. Continuaron subiendo un par de horas y, cuando arribaron al punto más alto, rondando el mediodía, se detuvieron para recuperar fuerzas. En el lugar en el que estaban, mantenían una perspectiva completa de la vertiente oeste, hasta la garganta de Pkenan; pero en cuanto reanudaran la marcha, doblarían la ladera y la perderían de vista. Lahe Kokkuar permaneció largo rato separado del resto, observando el apretado manto forestal bajo cuya superficie se antojaba difícil que creciera nada benigno. Allí se había quedado Ruka Levaw, dormida para siempre. Le pareció el sitio más horrible para dejarla. Cuando regresó con los demás no logró ocultar que había estado llorando, y Raqo Wwarta trató de consolarle augurándole un futuro distinto.

—Muchacho —decía—, no merece la pena añorar lo que ya no está. En unos días te sentirás mejor.

El descenso hacia el valle por las estribaciones de Yrotiahn era dificultoso y lento. El aire soplaba con fuerza, haciendo las jornadas tan desapacibles como cuando viajaban por el frío ambiente de Uunortoh.

—No acaba de llegar la primavera —renegaba el antiguo zekgda, con fastidio—. Creo que aún veremos alguna nevada este año.

En la zona por la que transitaban era más difícil encontrar leña para el fuego, lo que disminuyó el tamaño de sus hogueras nocturnas. Lahe Kokkuar se levantaba todas las mañanas aterido de frío. Iuse Rerik, en cambio, del todo insensible a la acción del viento gélido de las cumbres, empezó a adoptar la costumbre de sentarse sobre las piedras a mirar al sur. Lahe Kokkuar se dio cuenta de que llevaba algo escondido entre sus ropas, que solía extraer cuando estaba solo; pero la única vez que le preguntó sobre ello lo ignoró. Conociendo el ensimismamiento de su compañero de viaje, supuso que sería cualquier bagatela que despertaba sin más su curiosidad.

Antes de conciliar el sueño, Raqo Wwarta solía contarles toda suerte de leyendas mitológicas sobre el Wurm kka Ezyack, que Lahe Kokkuar devoraba con pasmada atención. Una de ellas narraba cómo los Tres valles fueron horadados por los hijos del dios Mhiru Aorahotar, que fueron expulsados del Olimpo por haber comido flores prohibidas, y aseguraba que los pasos entre las montañas no eran sino los surcos dejados por sus lágrimas al recordar el mundo del que procedían, apenados porque no les estuviera permitido regresar a él nunca más. Los relatos de fantasía estimulaban la fértil imaginación del muchacho.

—Raqo Wwarta, ¿por qué algunos nombres vienen solos a la cabeza, mientras que otros cuesta tanto memorizarlos, y hay nombres que no conoces en absoluto? —se aventuró a preguntar una noche, en la que sólo quedaban ellos dos despiertos, tras haber escuchado una larga explicación sobre las singulares criaturas que tallaron en tiempos prehistóricos las cumbres afiladas de las cordilleras—. Nada más veo una persona, su nombre brota en mi mente con facilidad; pero eso no sucede con el de Iuse Rerik, por ejemplo.

En aquella ocasión, Raqo Wwarta no disimuló una mirada de satisfacción.

—Verdaderamente, eres un chico muy perspicaz, Lahe Kokkuar, intuyes cómo funcionan las cosas, ¿eh? —dijo al fin—. Verás, todo lo que hay sobre la faz de la Tierra, las montañas por las que caminamos, la gente que nos acompaña, incluso el viejo jiqh sobre el que montas, ha sido creado, de una forma u otra, por los dioses. No digo directamente, como la vasija de un artesano, sino como resultado de un plan, no sé si me entiendes. Nosotros planeamos ir a Kreva, ellos planearon que tú nacieras. ¿Lo comprendes?

Lahe Kokkuar permaneció unos segundos pensativo, asimilando lo que acababa de oír.

—Creo que sí —respondió, invitando a Raqo Wwarta a continuar.

—En el propósito de los dioses también están los nombres que debe recibir cada cosa. Cuando los humanos creemos elegirlos, lo que realmente hacemos es evocar los apodos establecidos desde el inicio de los tiempos. Cuando tú viniste al mundo, con el primer vistazo que recibiste de tu madre, el nombre de Lahe Kokkuar acudió a su cerebro; no lo decidió ella. Lo mismo me sucedió a mí la primera vez que te ví, y a ti conmigo; supimos cómo llamarnos porque somos criaturas de los dioses y nuestros apodos están cosidos a la estructura del universo tanto como el ruido del agua va aparejado a los torrentes.

—Lo entiendo, ¿pero por qué no me viene a la mente el nombre de Iuse Rerik con tanta facilidad? —insistió Lahe Kokkuar—. ¿Es por

eso que la gente viaja enmascarada, para que nadie sepa cómo se llaman?

—Podría ser —contestó el antiguo zekgda, tras unos segundos de duda, imperceptibles para el muchacho—. En realidad, conoces el nombre de Iuse Rerik porque yo te lo dije, y lo puedes repetir porque lo guardas en la memoria. Si nuestro amigo el wdraki no viajara camuflado, sabríamos su apodo sin que nos lo dijera; como lleva máscara y no nos lo dice, se mantiene en el incógnito.

Lahe Kokkuar estaba un poco abrumado por la complejidad que se traslucía de aquellas palabras. En su experiencia jamás llegó a intuir que la realidad fuera tan intrincada. Pensó en Ruka Levaw y en una triste circunstancia relacionada con ella, que le daba miedo reconocerse.

—Cada vez me cuesta más recordar el nombre de Ruka Levaw, ya no acude tantas veces como antes a mi cabeza. ¿Es... es que ella ya no está en el universo? ¿Que ha salido del plan de los dioses? —inquirió, y sus palabras tuvieron como resultado ensombrecer el semblante de Raqo Wrrarta—. ¿Habrá un momento en que su apodo quede completamente borrado y nadie sepa que existió?

El antiguo zekgda desvió la mirada hacia la hoguera y no contestó. Echó un grueso tronco sobre las llamas y le recomendó que se fuera a dormir. Lahe Kokkuar no dijo nada, e hizo en silencio lo que le habían ordenado. Sin embargo, tardó mucho en dormirse, consciente de lo cercano a la realidad que estaban sus aciagas sospechas.

Una noche Ketru Taaarwek se apartó del grupo por primera vez en mucho tiempo. Habían acampado junto a las hondas pozas del río Htohn, al que todavía le faltaban muchas leguas para alcanzar el valle y convertirse en algo más que un estrepitoso arroyo de montaña. El agua era la más fresca y dulce que había saboreado Lahe Kokkuar desde que conducía sus pasos por el Wurm kka Ezyack, aunque bastaba sumergir las manos unos segundos para que empezaran a doler de frío. Nada más acabar de cenar, tras la puesta de sol, el wdraki montó en su jiqh azul y se marchó sin dar explicaciones, perdiéndose en la oscuridad no bien hubo traspasado el círculo de luz de la hoguera. Raqo Wrrarta lo vio alejarse con gesto serio, pero no hizo ningún comentario más allá de un lacónico *volverá*, cuyo fin era calmar el ánimo de Lahe Kokkuar, que contemplaba la escena con cara de espanto.

A pesar de las buenas intenciones del antiguo zekgda, Lahe Kokkuar no logró conciliar el sueño. Si bien le resultaba imposible distinguir los ruidos de la noche entre el poderoso estruendo de las aguas, creyó oír

gritos, o lamentos, aflorando con misterio de las tinieblas. Nada de esto aparentaba preocupar a Iuse Rerik, ni a Raqo Wrrarta, al que siempre veía roncando frente al resplandor mortecino del fuego casi apagado.

Con la llegada del amanecer, sólo Lahe Kokkuar fue testigo del regreso del Ketru Taaarwek, que apareció con las manos ensuciadas de sangre. Prefirió hacerse el dormido, aunque sin perder detalle de lo que hacía. El wdraki se acercó al torrente y se sumergió en una de las pozas más hondas, después de quitarse las ropas y quedarse desnudo. A pesar de que no consiguió verle la cara, advirtió la vigorosa musculatura que exhibía en sus anchas espaldas, que recostó en el arroyo helado como quien lo hiciera sobre un lecho de plumas. Dejó pasar tanto tiempo en semejante postura, que Lahe Kokkuar dudó si estaría soñando. Algo le dijo que aquel inquietante personaje era feliz, a su manera, por primera vez desde que compartía su misma ruta.

Cayó dormido sin darse cuenta y fue el último en despertarse; cuando lo hizo, todo el mundo estaba preparado para la marcha, incluyendo Ketru Taaarwek. No podía asegurar que todo lo que vio, o soñó, fuera real; pero no se le pasó por la cabeza hablarlo con nadie.

Prosiguieron toda la jornada descendiendo hasta el valle. La brisa gélida se iba a regañadientes y la nieve, aunque seguía estando en el camino, lo hacía en capas delgadas y quebradizas, más transitables que los incómodos neveros de las etapas anteriores. Aquella jornada fue silenciosa en extremo, como si todos le dieran vueltas a la ausencia del wdraki, pero ninguno se atreviera a preguntar. Lahe Kokkuar lo observó con detenimiento a lo largo del día, tratando sin suerte de apreciar algo distinto en sus ademanes; pero hubo de concluir que, por asombrosa que le pareciera la escena de la mañana, formaba parte de su vida cotidiana.

El sendero transcurría paralelo al río Htohn y la siguiente noche volvieron a acampar orillados a sus aguas bravas. Esta vez Ketru Taaarwek no los dejó y pasaron una velada tranquila. Lahe Kokkuar estaba demasiado fatigado y fue el primero en caer rendido en un letargo sin sueños. Juraría que no había pasado una hora cuando abrió los ojos de nuevo, pero comenzaba a despuntar el alba. Era temprano y a su alrededor todo el mundo dormía. Se incorporó, tratando de desperezarse. La mañana era hermosa y limpia. Tenía mucha sed y pensó beber de un odre, pero el agua fresca del arroyo le parecía una opción mejor.

El agua tiene algo hipnótico, se dijo, sentado junto a la orilla, observando los rápidos que se precipitaban cauce abajo. *Es fuerte y*

serena a la vez. Comprendía bien lo que movía al wdraki a buscar el lecho del río. *Mezclarse con un fluido es lo más parecido a fundirse con la paz del universo.* Tras un momento de vacilación, se despojó de las ropas. *Necesito estar ahí, dentro del arroyo, enterrado en agua, sentir un poco de felicidad en este mundo tan amargo,* reflexionó. Quería dejar atrás el sufrimiento y no torturarse más con el recuerdo de Ruka Levaw, al menos por unos instantes, *sólo unos instantes.*

Cuando metió las piernas en las gélidas aguas, dudó si se atrevería sumergirse entero. La corriente dolía como una cuchillada; pero estaba determinado a hacerlo. Introdujo todo su cuerpo en el torrente helado, sumido en una forma de trance. Los remolinos lamían su piel, lo acariciaban sin descanso, extraían pedacitos de su ser que depositaban en algún lugar del Orbe, junto a briznas de estrellas, de tierra, y de Ruka Levaw. Le faltaba el aliento. No le cabía en los pulmones. Quizá ya no necesitaba del aire. ¿Para qué comer, o dormir? ¿Para qué respirar, si se podía estar para siempre metido en el agua?

Le invadió un repentino sopor, la dulce borrachera del éxtasis, de la despreocupación. Encontrar la felicidad era más sencillo de lo que nunca hubiera supuesto. Bastaba con tumbarse a dormir en el lecho de un arroyo...

Lo despertaron los gritos de Raqo Wrarta. *¡Muchacho del demonio!*, repetía una y otra vez, con urgencia, exagerado, como siempre. Todavía no quiso abrir los ojos. Que lo dejaran un poco más. *¡Abre los ojos, imbécil, maldita sea!* Lahe Kokkuar abrió los ojos, disgustado, pero no vio nada. No estaba en el arroyo, lo habían engañado, mentirosos. No volvería a confiar en ellos. Cerraría los ojos, ahora para siempre. *Lahe Kokkuar, abre los ojos,* escuchó de nuevo; pero no era la voz de Raqo Wrarta, sino la de Ketru Taaarwek. *Abre los ojos, Lahe Kokkuar,* dijo también Iuse Rerik. Abrió de nuevo los ojos y se topó con los del wdraki. *Toma, bebe esto,* le dijo, acercando a sus labios su viejo odre gastado y vertiendo en ellos un poco de líquido violáceo. *Tráгатelo,* volvió a decir. *¿Tragar?*, pensó él. *No necesito tragar.* Pero aquel brebaje quemaba en su boca. Y de repente llegó el dolor. La cabeza le estallaba, tenía los miembros arrancados y cuchillos en el pecho. *Traga,* repitió el wdraki. El dolor era muy fuerte. ¿Era el precio de la felicidad, o el sufrimiento de la muerte? Tragó al fin. Notó como si el líquido lo corroyera por dentro, pero el dolor empezó a remitir y volvió la felicidad. *Bien, ahora conseguiré dormir en paz.*

—¡Gracias a dios que despierta su majestad el príncipe! —gruñó Raqo Wrarta la siguiente vez que Lahe Kokkuar recuperó la consciencia.

cia. Intentó orientarse, mientras hacía un pequeño repaso de sus músculos entumecidos.

—No te levantes todavía, despacio —le dijo Ketru Taaarwek, dándole un nuevo trago de su líquido misterioso—. Con esto te sentirás mejor.

Ahora que Lahe Kokkuar estaba consciente, gustó el sabor agri-dulce la bebida, que percibía como una suerte de vino áspero deslizándose en su paladar.

—¿Qué es esto, señor? —preguntó cuando hubo tragado.

—Esto es tebce —respondió el wdraki—. Es lo que tomamos cuando estamos de viaje, para recuperar energías y calor. Tiene además otras propiedades curativas que no entenderías muy bien.

Lahe Kokkuar comprobó los beneficios de la sustancia morada y logró incorporarse hasta quedar sentado. Ketru Taaarwek se alejó, dejándolo en compañía de Raqo Wwarta y de Iuse Rerik, que lo miraba con ojos más vivos que nunca.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó, frotándose los ojos escocidos—. ¿Un par de horas?

—¿Un par de horas...? ¡Un día entero! —exclamó Raqo Wwarta—. Hemos pasado la noche aquí, esperando a que te recuperaras. Había visto esa reacción antes, en jiqh heridos, al borde de la congelación. Como si se aletargaran. Lo único que cabía hacer era aguardar a que despertaras por tí mismo, ¡aunque tal vez tardaras una semana! ¿En qué pensabas para sumergirte en el arroyo, tonto inútil, no sabías que te ibas a congelar?

Lahe Kokkuar empezaba a conocer al antiguo zekgda y sabía que, aunque hubiera estado muy preocupado, no iba a perder una ocasión de protestar por algo de lo que él tuviera la culpa. Por otra parte, se sentía bien, aunque sus piernas daban la impresión de haber pasado una semana inactivas.

—Esta noche nos atacaron los yoh —interrumpió Iuse Rerik que, cosa extraña en él, ardía en deseos de exteriorizar lo que le rondaba la cabeza. Lahe Kokkuar no sabía mucho sobre los yoh, salvo que eran wuk que bajaban de las montañas y atacaban en manada, preparando emboscadas. Y que les tenía pánico.

—Deben estar muy hambrientos para arremeter de esa manera, o algún tipo de enfermedad los está afectando, porque no es normal que se lancen de manera tan desesperada —señaló Raqo Wwarta, mientras alcanzaba un odre de agua a Lahe Kokkuar—. Ayer estaban enloquecidos. Ni siquiera los asustaba el fuego. Menos mal que estaba ese wdraki con nosotros. Creo que ese es el motivo de que se marche por

las noches: sabe que están merodeando. Tenías que haberlo visto. Ni siquiera desenfundó la espada grande. Son curiosos los modos de combate de los wdraki; reniegan de usar sus armas más nobles si el enemigo no tiene la suficiente entidad. Hubo momentos en los que creí que iba a resultar herido; permitía que esas bestias se le acercaran demasiado, a veces por la espalda, sin defenderse.

—El wdraki nunca da un golpe al aire —intervino Iuse Rerik, que mostraba una luz vidriosa en las pupilas, como si las escenas de la noche estuvieran proyectándose ante sus ojos—. Se mantiene inmóvil hasta que están lo suficientemente cerca. Entonces se vuelve y lanza la espada. Parece que sólo hace un rasguño, todo es demasiado rápido, pero los yoh caen muertos, ni siquiera aúllan.

A Lahe Kokkuar no se le escapó la fascinación que la lucha había despertado en Iuse Rerik. Descubrió que su atención era selectiva: permanecía indiferente a todo aquello que no le importaba, hasta el punto de ignorarlo durante horas; pero en cambio seguía con viveza, casi de forma obsesiva, lo que era de su interés.

—Voy a recoger, y abandonemos este sitio de una vez. No es mi lugar favorito para quedarme a vivir —señaló Raqo Wwarta, antes de marcharse y dejarlos solos. Ahora que Lahe Kokkuar se fijaba más en Iuse Rerik, reparaba en una característica peculiar de la máscara tras la que se ocultaba. Mientras que la de Ketru Taaarwek no era completa, sino que ocupaba media cara, dejando su boca a la vista, lo que sin duda era una comodidad, la de Iuse Rerik no permitía que se viera una sola pulgada de su semblante. Lo mismo sucedía con sus manos enguantadas. Lahe Kokkuar no recordaba un instante en que lo hubiera visto sin sus embozos, ni siquiera para lavarse.

—¿Nunca te la quitas? —preguntó, señalándole al rostro—. ¿No es incómodo?

Iuse Rerik pareció sorprendido por la pregunta y no contestó de inmediato.

—Es mejor que no, Raqo Wwarta no me deja —respondió, sin intención de añadir nada más. Lahe Kokkuar no se atrevió a preguntar cuál era el motivo para llevarla. Sabía que no era un jaaok, porque entonces el antiguo zekgda hubiera hecho lo mismo con él. Quizá Iuse Rerik fuera un nombre falso bajo el que se escondía un personaje demasiado conocido. Recordó las palabras de Raqo Wwarta sobre los apodos que los dioses fabricaban en las mentes de los humanos. Hasta él mismo, que no sabía nada del Wurm kka Ezyack, conocería su verdadera identidad nada más verle sin su disfraz.

—Pero... ¿ni siquiera cuando estamos solos? —reiteró. Iuse Rerik miró al suelo, negando con la cabeza.

—Raço Wwarta dice que hay muchos ojos en los bosques —contestó, alzando los suyos para cruzarlos con los de Lahe Kokkuar, que vio de nuevo el atisbo de temor que percibió ya una vez en la minúscula aldea de Taakame. Recordó cuando Ketru Taaarwek acusó a Raço Wwarta de ser en parte responsable del ataque en la garganta de Pkenan. Creía que perseguían a Iuse Rerik y el antiguo zekgda no lo desmintió. Sintió lástima por el destino de aquel muchacho

—¿Y no sabes por qué debes llevarla? —preguntó, forzando una segunda negativa. Era difícil interpretar las emociones de Iuse Rerik con el semblante camuflado, pero había algo en sus ojos, en el tono de su voz, o incluso en la postura de la cabeza, que delataba un profundo desamparo.

—Quizá lo supe alguna vez, pero, o lo he olvidado o no lo reconozco —dijo al fin—. Mi vida no es más que un sueño. No hay nada que pueda jurar que haya hecho en el pasado. Vienen a mi cerebro las imágenes de cuando encontré a Raço Wwarta por primera vez y pienso: ¿de verdad sucedió así, o no es más que el recuerdo de cualquier otra ocasión, de una comida de hace un año, o quién sabe si de ayer mismo?

Lahe Kokkuar se reconoció de algún modo en aquellas palabras. Aunque en su caso no fuera tan extremo, él tenía las mismas sensaciones cuando volvía la vista atrás a hechos de su pasado. Le intrigó que ambos tuvieran circunstancias tan parecidas.

Ж

Los días siguientes gozaron de un viaje apacible atravesando las inmensas llanuras del valle de Nztyahrah, lejos ya de la corriente del río Htohn. La vegetación era copiosa, pero más abierta y menos inquietante que la de los bosques, lo que les permitió disfrutar por primera vez del paisaje. A medida que pasaban los días sin sobresaltos, la travesía fue cayendo en una agradable rutina. De vez en cuando, atravesaban minúsculas aldeas sumidas en la monótona tranquilidad de la vida rural, que despertaba las envidias de Raço Wwarta; pero no hacían intención de pararse en ellas.

—Estas pobres gentes no saben que antes de que se den cuenta, su existencia se habrá convertido en un infierno —sentenciaba el antiguo zekgda, con melancolía. Los vecinos de las poblaciones alejadas de las rutas principales eran muy hospitalarios con los viajeros, y no había

granja donde no les ofrecieran un buen almuerzo, que siempre rechazaban a instancias de Ketru Taaarwek.

Cruzaron el río Rzakohnor por un estrecho puente de tablones desvencijados, agarrados con maromas sobre la corriente, en el punto donde el sendero giraba con brusquedad hacia el sur y se adentraba en territorios más habitados. Todavía consumieron unas cuantas jornadas viajando en soledad, antes de incorporarse al camino principal, a la altura de la villa de Ryarne, cuando todavía quedaban muchas leguas para la capital. Lahe Kokkuar no había visto tanta gente en su vida. Raqo Wwarta insistió en adentrarse en la ciudad, a pesar de las objeciones de Ketru Taaarwek.

—Nada de lo que digáis impedirá que disfrute de un buen asado en las tabernas de Ryarne —zanjó, impermeable a cualquier tipo de reticencia. El wdraki, sin embargo, rehusó acompañarlos, y los dejó asegurándoles que volverían a unirse cuando retomaran la calzada en dirección a Krevia.

La degradación que habían visto a lo largo de su viaje no parecía afectar de ninguna forma al caserío de Ryarne. Todo en él era novedoso para Lahe Kokkuar, que no paraba de sorprenderse por la peculiar arquitectura de sus construcciones.

—Hace muchas generaciones que, en agradecimiento por la resistencia de sus habitantes en alguna guerra, Ryarne tiene la prebenda de decorar sus casas con vistosos colores —explicó Raqo Wwarta, mientras avanzaban por el Gran paseo, una vasta avenida de fachadas azul turquesa, flanqueada por estrechas callejuelas que oscilaban entre la aguamarina y la esmeralda—. Algunos dicen que por ello se ha convertido en un nido de juglares y desocupados, que no hacen otra cosa que pintar sus ventanas con la gama del arco iris. Esta villa hace al menos siete generaciones que perdió el sentido.

Dejaron el jiqh en un establo público y se sumergieron en el ambiente de las calles, animado y optimista. Desembocaron en una plaza triangular, donde un grupo de volatineros entretenía a la concurrencia haciendo juegos malabares con carbones encendidos. Había llegado tanta gente, que las posadas estaban llenas y no fue fácil encontrar una mesa libre donde sentarse a comer. La ostensible alegría de la muchedumbre contrastaba con la atmósfera deprimida y sin futuro que conocieron en las poblaciones del valle de Nazahrht. A Lahe Kokkuar le sorprendió la despreocupación con que los peregrinos tomaban las glorietas para tumbarse a almorzar, como si no les hubieran dejado mella las penurias del camino. Tal vez ninguno había padecido tantas como ellos. A casi todos se los veía felices de arribar a las civilizadas urbes de occidente, donde era inevitable creerse a salvo de toda miseria.

Lograron una mesa en una abarrotada taberna de la vía principal. Raqo Wrrarta pidió carne asada y cerveza para los tres, además de un par de quesos con que reponer los víveres para el camino. El posadero solicitó el pago por adelantado.

—No os molestéis señor, pero estos días sois tantos los forasteros, que ni la mitad me pagaría después de haber comido.

Raqo Wrrarta extrajo una pequeña bolsa tintineante de la pechera de su jubón y pagó un reuke al individuo, exigiendo con sorna: *ahora, tabernero, no le deis a otro la mitad de lo que ya he pagado, y traedlo con prontitud.*

Lahe Kokkuar no sabía de la existencia de las monedas, ni de su uso. El antiguo zekgda le dio las primeras nociones de su vida sobre el ciclo del dinero en el Wurm kka Ezyack.

—Verás, Lahe Kokkuar, el dinero que ves en esta bolsa lo obtuve durante años llevando niños a El Gerak. Cada entrega se pagaba a cien reuke, lo cual no está nada mal. En los bosques no son muy útiles, allí no hay quien las necesite; pero todo lo que quieras adquirir en una ciudad, digamos, moderna, lo has de pagar con estas monedas —señaló, mientras agitaba la bolsa de cuero—. Yo las cobré de El Gerak y ellos las consiguieron del príncipe, en retribución a su fidelidad, que algún día necesitará para lo que considere oportuno. También mantiene con ellas a la kkawla, o las intercambia con los agricultores que proveen de grano a la corte, o con los ganaderos por las mejores piezas de la cabaña. ¿Y de dónde obtiene el príncipe las monedas, te preguntarás? Bueno, él no necesita que nadie se las dé, porque las hace en los sótanos de su palacio. Es muy sencillo, es el privilegio del que manda. Si eres un artesano, te está permitido hacer una vasija, o un traje, o calzado; si eres el príncipe, te está permitido hacer una minúscula pieza de cobre como ésta, acuñada en diez minutos, que vale por todas las vasijas que se puedan fabricar en un día.

—¿Y los campesinos y los artesanos, por qué se dejan timar? —preguntó Lahe Kokkuar quien, al contrario que Iuse Rerik, seguía con atención las explicaciones de Raqo Wrrarta.

—Oh, realmente ellos no son engañados, porque luego pueden cambiar sus reuke por tantas cosas como haya decretado el príncipe que valen. ¿Entiendes?, nadie pierde, ni gana, salvo nuestro soberano.

—Pero, entonces, ¿cómo se decide quién debe ser príncipe y quién artesano? —insistió él.

—Has dado con el quid del asunto, Lahe Kokkuar, pero no seré yo quien se afane en despejar tus dudas. Entre todos los clientes de esta taberna no encontrarás uno sólo que pueda contestar a tu pregunta.

Pero tampoco esperes hallar a nadie que la discuta. Bienvenido al mundo civilizado, muchacho.

—Dejemos las reflexiones para otro momento —dijo Raqo Wwarta, cuando el posadero trajo una gran fuente de asado y tres inmensas jarras de cerveza, una de las cuales apuró hasta la mitad de un sólo trago. Aunque Lahe Kokkuar juzgó la nueva bebida un poco amarga, se familiarizó de inmediato con su sabor. Iuse Rerik ni siquiera la probó, pero cogió un buen trozo de carne y empezó a comer. Llevaban quince minutos engullendo en silencio, cuando una mano se apoyó en el hombro del antiguo zekgda.

—¡Vaya, vaya, mucho tiempo sin veros por terreno urbanizado, Raqo Wwarta, viejo amigo! ¿Puedo sentarme?

Los tres se giraron sorprendidos y se toparon con la figura huesuda y afilada de Wasko Darukk, un sujeto alto y de complexión delgada, medio calvo y algo bizco del ojo derecho. A Lahe Kokkuar le llamaron la atención las múltiples cicatrices que surcaban su rostro, aunque debía reconocer que, pese a su inquietante aspecto, vestía ropas limpias y bien remendadas. Lucía un pañuelo con un distintivo del que luego supo que era de la seña que identificaba a los zekgda. Cada vez interpretaba mejor las reacciones de Raqo Wwarta, incluso las más sutiles, y percibió que aquel individuo, a pesar de sus maneras efusivas, no era de su agrado. A él mismo lo estremecían sus ojos grises e inmóviles, como los de un cadáver. El recién llegado no esperó a recibir una invitación formal y arrimó un taburete a la mesa.

—¿Vais o venís, Wasko Darukk? —preguntó Raqo Wwarta, con cortesía, pero sin demostrar ningún entusiasmo.

—En realidad, ni lo uno, ni lo otro: permanezco aquí. Nos está visitando tanta gente, que estoy convencido de que descubriré algún pollo para llevar a casa —respondió el interpelado, fijando su penetrante mirada en Lahe Kokkuar. En la jerga de los zekgda, llamaban pollos a los niños, y cuando decían casa se referían a El Gerak—. Es como dejar que otros te hagan el trabajo. Mucho más cómodo. ¿Y vos, Raqo Wwarta, partís hacia allá?

—En absoluto, me quedo en Kreva definitivamente —repuso éste, ahogando la frase para engullir un buen trozo de asado y un trago largo de cerveza. Aquellas palabras sorprendieron a su interlocutor.

—No puedo creerlo. ¿Tan mal están las cosas, que no os atrevéis a hacer el viaje hasta allí? ¿O es que finalmente habéis renunciado a vivir en los bosques, para aburrirlos de por vida en una villa aburguesada como Kreva?

—¿Eh...? Puede ser —fue la respuesta. Lahe Kokkuar se dio cuenta de que el antiguo zekgda fingía concentrarse en el asado para no tener que dar contestaciones precisas. Desde que lo conocía, no lo había visto comer tan seguido—. O puede ser que Krevá sea más interesante que los valles remotos. En realidad, no se me había ocurrido que la ruta de El Gerak fuera peligrosa. ¿Lo es?

—No más que viajar al norte. Es sólo que pensé que ibais hacia allí, al veros con semejante compañía —dijo Wasko Darukk, clavando de nuevo sus yertos ojos en Lahe Kokkuar. Aquello era más de lo que Raqo Wwarta parecía dispuesto a consentirle.

—No se os ocurra ni siquiera pensarlo —advirtió, interrumpiendo por un momento su comida—. Mis cosas son cosas mías. No os entrometáis.

A pesar de que el acento empleado no dejaba lugar a dudas, Wasko Darukk fingió no haber tomado en serio las amenazas.

—Espero que sepáis aprovechar el tiempo. Krevá es ahora mismo una de las ciudades más divertidas del Wurm kka Ezyack. Están preparando la boda de la princesa Rija Ikkikma para dentro de unos días. ¡Oh, una boda real! —exclamó, manoteando con afectación.

—Un motivo más para ir —añadió Raqo Wwarta, volviendo a su asado y su cerveza—. Nunca he estado en una ceremonia así.

—El príncipe anda muy ocupado estos días con los preparativos. La ciudad está engalanada y dan aguardiente gratis en cada plaza. También marcha para allá toda la farándula del valle. Id y pasaréis una buena estancia. Alojaos en la casa de baños, es difícil encontrar posada en estas fechas.

—Agradezco vuestras recomendaciones, Wasko Darukk, pero creo que la casa de baños es demasiado cara para lo que nos podemos costear.

—Oh, es cierto, olvidaba que ya no ejercéis; allí sólo tienen albergue franco los servidores de El Gerak —comentó el zekgda, mientras se ponía de pie dispuesto a marcharse—. Por cierto, hace mucho que estáis alejado del mundo civilizado; tal vez no conozcáis las últimas noticias de la casa. Sucedió un hecho sin precedentes en El Gerak: el hemarajes dimitió de su honor.

—¿Quién, Vama Eiarko? —preguntó Raqo Wwarta, sin disimular su sorpresa.

—No, de hecho Vama Eiarko fue quien recuperó la dignidad de hemarajes tras la renuncia. Veo que estáis menos informado de lo que yo me esperaba. ¿Cuánto lleváis fuera, cuatro años? ¿No sabíais que Vama Eiarko fue sustituido hace cosa de tres por Ketru Taaarwek?

Lahe Kokkuar experimentó un sobresalto cuando escuchó el nombre del wdraki que los acompañaba. Lanzó una inquieta mirada a Raqo Wwarta, pero el antiguo zekgda no parecía haberse percatado de ello en absoluto y permanecía sumido en sus propias reflexiones.

—Es verdad que hace mucho que no me acerco por El Gerak —dijo al fin, más pensando en voz alta que dirigiéndose a nadie—. Ketru Taaarwek... creí que estaba muerto. Lo vi un par de veces cuando no era más que un joven wekoa, pero nunca lo traté demasiado. Siempre fue muy retraído. Un poco trastornado, a mi juicio. Oí que desapareció tras la muerte de aquel amigo... otro muchacho muy notable, cómo se llamaba...

—Kena Rakgo —apuntó Wasko Darukk—. Sin duda Ketru Taaarwek es el luchador más perfecto que haya dado nunca El Gerak. Tras una década ausente, volvió para reclamar el puesto de hemarajes. Nadie fue capaz de negárselo, pero era demasiado tarde, había perdido la fe en la espada. En cualquier caso, nada justifica su conducta. Abandonar la disciplina, precisamente en el puesto de más responsabilidad... Mal ejemplo para el resto de los wdraki; pero bueno, no es asunto mío. Me marchó, pues, quedad en paz, Raqo Wwarta.

El antiguo zekgda se despidió con aire distraído, absorto por completo en sus propias cavilaciones. No dijo nada hasta que acabaron la carne, pero Lahe Kokkuar se dio cuenta de que parecía haber perdido el apetito, cosa impensable en él, y señal inequívoca de que algo se maquinaba en su cabeza. Sabía que estaba atando cabos, relacionando la noticia que acababan de darle, con el misterioso wdraki que se afanaba en ir a su lado desde que salieron del valle de Nazarahrht.

—Esta ciudad me da dolor de cabeza —gruñó Raqo Wwarta, ya fuera de la taberna mientras deambulaban por las coloridas avenidas de Ryarne, atestadas de viandantes. Se detuvieron para escuchar a un trovador que recitaba versos sobre la creación del mundo, vestido con unas llamativas calzas verde y escarlata, que congregaba a su alrededor una nutrida audiencia, no tan interesada en su poesía como en su estrafalario aspecto.

—El mundo lo creó un dios primordial abriendo un surco con sus dedos en las profundidades de la nada —decía el personaje—. Y sus líneas no son más que el rastro dejado por las venas que recorrían sus extremidades.

Las gentes echaban monedas, inspirando al antiguo zekgda maneras de ganarse la vida una vez se hubieran establecido en Kreva.

—Sin duda, yo contaría historias mucho más interesantes que la de un dios estúpido metiendo el antebrazo en el universo —señaló, reanudando la marcha.

Decidieron no buscar alojamiento en Ryarne, cosa por otra parte imposible, y marcharse a dormir a las afueras de la ciudad.

—El wdraki sabrá dar con nosotros —dijo Raqo Wwarta.

—¿Qué es un hemarajes? —interrogó, de manera repentina, Iuse Rerik. Lo hizo con aparente indiferencia, pero era la primera vez que Lahe Kokkuar le escuchaba preguntar nada. Raqo Wwarta también se sorprendió, porque lo miró como a un resucitado.

—No me gusta tu curiosidad, Iuse Rerik —advirtió, a modo de preludio—. Quitate de la cabeza toda idea sobre El Gerak, por mucho que te empeñes no irás allí. Quitáosla los dos, o marchaos con viento fresco. Pero, ya que has preguntado, te contaré. En El Gerak son muy estrictos con los rangos, aunque la jerarquía no es, digamos, muy extensa. En el nivel más bajo se encuentran los aprendices, que no son considerados miembros de pleno derecho. Después están los wdraki propiamente dichos y, finalmente, los wekoa, los luchadores más diestros, los de mayor categoría. De estos últimos salen los instructores, llamados nujuwarawa. Dentro del escalafón se han de acatar reglas muy precisas basadas en el respeto, lo que, tratándose de El Gerak, se refiere, principalmente, al acero. Los wdraki se retan entre ellos para determinar quién es el mejor, pero son tan habilidosos en el combate, que zanzan sus contiendas sin sangre de por medio. Infligir una herida sin intención es uno de los mayores deshones que pueden recaer sobre un integrante de El Gerak. ¡Y no penséis que la juventud pueda ser una ventaja! —se apresuró a decir, impelido por la expresión en la cara de Iuse Rerik, que mostraba un desacostumbrado interés por sus palabras —antes bien, el arte de la espada requiere un profundo conocimiento de las líneas del universo, porque sólo a través de ellas puede un guerrero alcanzar la perfección.

—¿Qué son las líneas del universo? —interrumpió, sin poder evitarlo, Lahe Kokkuar, quien, a pesar de las manifiestas reticencias de Raqo Wwarta por todo lo relacionado con El Gerak, había detectado cierto aire de fascinación en su voz.

—¡Oh, no me incomodes más con tus preguntas, endiablado Lahe Kokkuar! —respondió el antiguo zekgda, impacientándose—. Queríais saber qué es un hemarajes y es lo que os contestaré, nada más. Pues bien, el hemarajes es el principal entre los wekoa, el mejor wdraki de El Gerak, a quien se considera el líder. Alcanzar semejante distinción precisa de una sabiduría tan extensa de todo lo que involucra las técnicas de combate, que quien la logra suele gozar de ella hasta su retiro

voluntario... ¡y no más! Vamos a buscar nuestro jiqh y larguémonos de esta ciudad.

Raço Wwarta acalló la siguiente pregunta de Lahe Kokkuar, antes de que las palabras le hubieran salido por la boca. Cuando llegaron al establo, desmontaba de un caballo sudoroso un jinete vestido con uniforme azul. Llevaba un enorme pañuelo blanco colgado de su hombro derecho, a modo de divisa.

—Es un correo —murmuró el antiguo zekgda, a quien picó la curiosidad su aire de emergencia—. ¡Saludos, amigo! Por lo que veo sois portador de nuevas urgentes. Parecéis haber hecho jornadas apresuradas. ¿Qué noticias son esas?

—Saludos a vos también. Lo siento pero me está prohibido satisfacer vuestra curiosidad —respondió el mensajero, refrescándose con un largo trago de agua.

—Lo sé, lo sé —contestó Raço Wwarta, exagerando el tono de comprensión. Había detectado que su interlocutor se moría de ganas por hablar, aunque no le estuviera permitido—, pero al menos tengamos una charla amigable, en espera de que partáis de nuevo. ¿Venís de Nazarahrht?

—Sí, y de más allá.

—¿Más allá, qué hay más allá del valle de Nazarahrht?

—Adivinad. El paso de Verakxo aún no se ha descongelado y está imposible. He tenido que dar un gran rodeo.

Raço Wwarta sabía que el paso de Verakxo era el acceso natural al valle de Rxahtoyahr, y dedujo que el emisario se había visto obligado a aproximarse desde Nazarahrht, atravesando los bosques de Uunortoh.

—Estarán bien en Wark, supongo —comentó, esforzándose por disimular su interrogatorio con las apariencias de una conversación de circunstancias. El emisario mantuvo el silencio, pero lanzó una mirada fúnebre que le transmitió los peores augurios.

—Realmente no lo sé —contestó, tras unos momentos de reflexión—. Ni siquiera había alcanzado Xpekra cuando me vi obligado a dar media vuelta.

Raço Wwarta comprendió el significado de las palabras del jinete, del que se despidieron cuando montó un caballo de refresco y partió al galope. El paso de Verakxo era un estrecho desfiladero excavado en tiempos remotos, que descendía los acantilados de Mohnahrteht hasta el valle de Rxahtoyahr. En invierno la nieve lo hacía impracticable, cerrando la conexión directa con Krevá. El valle de Rxahtoyahr llevaba tantos meses incomunicado, que nadie era capaz de aventurar lo que había sucedido allí durante el invierno.

Pasaron la noche en las afueras, arropados por un gigantesco cedro, felices de estar al fin lejos de la algarabía de Ryarne. Cuando despertaron, el wdraki ya estaba con ellos, sentado contra el tronco del árbol, en su eterna postura.

Ж

El camino entre Ryarne y Krevā era una amplia ruta empedrada, con altos cipreses a los lados, que avanzaba paralela al río Taavtān. No atravesaron otras poblaciones hasta la capital, pero la vía empezó a estar más transitada a medida que se acercaban. Las numerosas ventas, que de ordinario eran suficientes para dar servicio a la circulación habitual entre ambas ciudades, se hallaban desbordadas por completo, obligando a los transeúntes a hacer altos en los márgenes de la calzada.

Lahe Kokkuar advirtió notables contrastes entre los peregrinos de Nazahrht y los naturales del valle de Nztyahrah, a pesar de que hacía tiempo que no veían apestados en las proximidades de la carretera. A los inmigrantes se los veía menos saludables, más sucios y desarrapados, consumidos por las penurias de un mes de viaje azotados por las inclemencias del tiempo y las calamidades de la ruta. Los habitantes del valle, en cambio, vestían telas limpias y coloridas, y se los veía pasar a gran velocidad, montados en caballos espectaculares o en sólidos carros de tiro múltiple. La kkwāla también hacía honor a estas marcadas diferencias y aplicaba un trato indigno a los oriundos de Nazahrht, olvidando que muchos de ellos habían sufrido las mismas penurias cuando se les ordenó regresar a Krevā, no mucho tiempo atrás. Aquella realidad soliviantaba a Lahe Kokkuar, pero más aún cuando se percató de que tanto Ketru Taaarwek, como Raqo Wrarta, eran insensibles a los abusos. *No te metas en esos temas, no te creas que lo sabes todo, imbécil*, fue todo lo que obtuvo como respuesta cuando quiso pedir explicaciones al antiguo zekgda. Sin embargo, no cejó en su empeño por averiguar la causa de tales injusticias, porque para él todos eran súbditos del mismo príncipe, labraban las mismas tierras y alimentaban al mismo ganado. No sería hasta mucho después, en otra etapa de su vida, cuando aprendió que en realidad no había una razón lógica que lo justificara, más allá del simple rechazo por lo que es más pobre, menos afortunado, o algo distinto.

Se acostumbraron a ponerse en camino con las primeras luces del alba, para aprovechar las horas tempranas con la carretera despejada y acabar pronto la jornada, cuando todavía se encontraban buenos sitios al borde de la vía para descansar. Solían estar dormidos cuando el

resto de los peregrinos comenzaba la cena, salvo Lahe Kokkuar, que nunca se cansaba de observar el comportamiento de la gente y permanecía despierto más allá de la medianoche.

En una ocasión, llamó su atención la llegada de tres soldados de la kkawla, uno de ellos vestido con el uniforme de capitán, que buscaban sin éxito un lugar seco donde sentarse. Trataban de expulsar a un grupo de emigrantes que disfrutaba de su colación al abrigo de unos matorrales. Ya había visto escenas similares, pero no acababa de acostumbrarse a ellas, y mucho menos a la indiferencia de Raqo Wrrarta y Ketru Taaarwek, que casi siempre contemplaban impasibles cómo los desalojados cedían su sitio tras emitir un par de tímidas protestas.

En aquella ocasión, sin embargo, uno de los peregrinos se negaba a levantarse, mientras hacía ostensible su descontento: *no me muevo, buscad otro sitio, señor*. Tanto el capitán de la kkawla como sus propios camaradas trataban de convencerle para que se apartara, por su bien; pero todo fue en vano. *No y no*, era la respuesta. *Esta vez nos quedamos aquí, buscad otro sitio*. Cuando la paciencia del capitán pareció agotarse, propinó una fuerte patada al infortunado, que dejó escapar una mueca de dolor, aunque siguió sin hacer intención de levantarse. *Ahora los otros se revelarán*, pensó Lahe Kokkuar, asumiendo que los compañeros del agredido se sublevarían ante la violencia empleada contra él; pero todo el mundo permaneció quieto y en silencio. Los tres soldados unieron sus fuerzas y empezaron a dar una soberbia paliza al infortunado. Aquello era más de lo que Lahe Kokkuar podía soportar. Armándose de valor, se incorporó, aunque sin saber muy bien qué sería capaz de hacer.

—¡Y vos quién diablos sois! —gritó el capitán nada más lo vio acercarse. Lahe Kokkuar se sintió un poco atemorizado y por unos instantes se le pasó por la cabeza darse media vuelta y no implicarse; pero el resto de los peregrinos lo miraban y decidió permanecer en el sitio, más por vergüenza que por auténtico coraje.

—Dejad a ese hombre, él tiene derecho, estaba antes —consiguió decir, aunque su voz no sonaba demasiado convencida.

—¡Esa mierda no tiene nada que ver en esto! ¡Debe marcharse porque yo lo digo, y vos también!

—Ninguno de los dos nos iremos y yo sólo digo que él estaba antes.

El capitán de la kkawla, que ya estaba levantando del suelo al apaleado, sujetándolo de mala forma por la pechera, se quedó mirando a Lahe Kokkuar como si lo viera por primera vez.

—¡Pero qué diablos! —gritó, encarándose con él—. ¿Qué sois vos, la justicia del mundo? O es que os aburre tanto el camino que os ape-

tece algo de emoción. ¿Queréis que os enseñe dónde encerramos a los jóvenes estúpidos como vos, cuando los pillamos robando a los honrados ciudadanos del valle de Nztyahrah? ¡Creedme que todo el mundo acaba tan encantado de nuestras mazmorras que nunca he visto a nadie largarse de ellas!

Lahe Kokkuar estaba desbordado. Miró hacia atrás en busca de ayuda, pero Raqo Wwarta roncaba ajeno a todo lo que sucediera a su alrededor y Ketru Taaarwek permanecía impasible en la única postura que le había conocido cuando descansaba, aquella en la que no se sabía si estaba alerta o dormido. *¿Cómo es capaz de no hacer nada? Le bastaría un simple gesto para sacarme de este embrollo*, pensó. Al cabo de unos instantes se le ocurrió que tal vez el wdraki no estaba despierto. Era tan inescrutable, que siempre asumían que estaba vigilando, y tal vez en aquella ocasión no fuera así. Se sintió como un perfecto idiota por creer que podía enfrentarse a la kkawla siendo un cobarde, y más aún por haberlo hecho contando con que otros le solucionaran la papeleta. Buscó una salida decorosa, pero no se le ocurrió nada, salvo darse media vuelta y regresar avergonzado a su sitio, sin articular media palabra. No se atrevió a mirar atrás, donde los peregrinos eran expulsados sin contemplaciones.

La nieve comenzaba a retirarse, dejando al aire inmensas extensiones de praderas y tierras de labranza, salpicadas cada cierto trecho de granjas aisladas. La circulación en sentido a Kreva era tan intensa, que se convirtió en el trayecto más incómodo desde que dejaran Aeawar.

—Nunca había visto tanta gente caminando en la misma dirección —comentaba Raqo Wwarta—. Me pregunto dónde los van a meter a todos.

Una y otra vez se cruzaban con grandes carromatos, que apenas dejaban espacio libre en la carretera, transportando abastecimientos para la capital. También empezaba a ser habitual encontrarse con batallones de soldados transitando la vía. Sólo a una pequeña parte de la kkawla, aquella destinada a la seguridad del príncipe y a mantener el orden en la ciudad, le estaba permitido traspasar los muros de Kreva; el resto se acantonaba en las vastas llanuras de los alrededores. Se los veía en enormes campamentos, levantados a media legua de la ruta, alojados en grandes tiendas de lona distribuidas en cuadrícula.

A instancias de Lahe Kokkuar, Raqo Wwarta les explicó cómo fue creada la kkawla, en los tiempos remotos en que todavía eran frecuentes las hostilidades entre los valles, y por qué, después de muchísimas

generaciones de paz, la existencia de una milicia tan numerosa había perdido su razón de ser. El antiguo zekgda no desperdiciaba una ocasión para renegar de ellos.

—Son una panda de haraganes que nunca están donde se los necesita —solía decir—. Me gustaría saber qué harán cuando huelan el peligro en Krevva.

En aquellos días tuvo lugar un brusco descenso de las temperaturas. Raqo Wwarta pronosticó fuertes nevadas, que llegaron apenas un día después de su predicción. Lahe Kokkuar no estaba muy acostumbrado a ver nevar. La campiña no tardó en cubrirse con un manto de copos blancos, que se transformaban en barrizal entre las piedras de la calzada, removidas una y otra vez por las ruedas de sus carromatos. Cuando alcanzaron los llanos de Nnnolah, el río Taavtan se separó de su trayectoria, para perderse en los meandros escarpados con los que cortaba las gargantas de Wnnama. Lahe Kokkuar se sintió abrumado por el panorama que ofrecía el camino, que trazaba un surco como una herida en la immaculada planicie nevada, y ya no viraba hasta perderse en el horizonte. El aire constante de la llanura, unido a la falta de leña para encender fuego, hicieron los descansos más incómodos. Aunque para Raqo Wwarta no suponía diferencia alguna de lo que habían conocido desde que se pusieron de viaje, no se ahorró el desahogo de las protestas constantes.

Empezaba a ser difícil hallar un buen lugar donde retirarse a dormir, y las zonas más apropiadas, rincones limpios de nieve, al abrigo de las rocas, o amparados de los vientos por la poca vegetación que resistía en los llanos, se abarrotaban de gente, entre la que a veces se generaban disputas.

—Nunca hasta ahora había comprendido por qué Krevva está rodeada de murallas tan altas, maldita sea, apuesto a que son una inmejorable protección contra la ventisca —bromeaba Raqo Wwarta, mientras trataba de arrojarse bajo una manta, para dormir en el único claro sin humedad que habían visto tras una jornada caminando sin parar.

El frío terminó por deshacer el ánimo de Lahe Kokkuar, ya muy golpeado después de tantos días de calamidades. Una tarde, cuando se disponían a reanudar la marcha tras una mínima pausa, aseguró que no soportaba más las rozaduras del jiqh, y pidió que lo dejaran allí, con un cuarto de queso y un odre con agua, *que ya me las apañaré*. Ketru Taaarwek no dijo nada, pero Raqo Wwarta, muy molesto con su actitud, juró que lo abandonaría ya muerto, para ahorrarse el pedazo de queso. Iuse Rerik lo incitó a continuar, tirando de su brazo y levantándolo sin demasiado esfuerzo, prometiendo seguir a pie para cederle

su sitio en la montura. Lahe Kokkuar en realidad había puesto las rozaduras como excusa, porque de lo que de verdad estaba cansado era del movimiento constante, de la vuelta al camino que sucedía, implacable, a cada pequeño descanso. Como un idiota, había imaginado que si se paraba, aunque fueran un par de días, todas las desdichas se le vaciarían como el agua de un cántaro volcado, y recuperaría el temple de la primera jornada, cuando todavía no lo separaba ni media docena de leguas de la remota Aeawar. Estaba tan agotado de espíritu, que se dejó hacer, agradecido por la tremenda fuerza de voluntad de Iuse Rerik, capaz de marchar a la velocidad de las cabalgaduras sobre el empedrado resbaladizo. De ellos cuatro, sólo él le parecía capaz de dar un giro al destino de las cosas, del que Raqo Wwarta y Ketru Taaarwek siempre parecían conformes, tanto cuando les favorecía como cuando no.

Según regresaron al camino, azotados sin descanso por el viento permanente de la llanura, Lahe Kokkuar tuvo sus primeras dudas sobre lo que le deparaba el futuro, y comenzó a temer que tal vez no hubiera sido tan buena idea abandonar las grutas que lo habían criado. Siempre había imaginado posible encontrar un lugar exento de penurias, donde nunca faltara comida y fuera sencillo protegerse contra el frío, donde no hubiera persecuciones de monstruos, de soldados, o de los odios de la gente. En su memoria aún conservaba vestigios difuminados de su primera infancia, de las exploraciones del subsuelo y del amor de su madre, que a duras penas lograba identificar con otra cosa que no fuera una cena caliente. Todo aquello no era sino un recuerdo nostálgico, algo que no se repetiría nunca más. ¿Acaso era eso la existencia, una búsqueda incansable de aquello que se dejó atrás y nunca se volvía a recuperar? ¿Qué sentido tenía, pues, seguir adelante cuando ya se había consumido la mejor parte de la vida y sólo restaba un agrio deterioro hasta el final?

Lahe Kokkuar era todavía muy joven. Pensó en sus compañeros de viaje, y todos le parecieron seres desencantados, Iuse Rerik también, que subsistían por inercia, empujados por un pasado amargo, sin verdadera ilusión de llegar a ninguna parte. Se dio cuenta, muy a su pesar, de que empezaba a contagiarse de su fatalidad.

Arribaron a la capital una mañana fría en exceso. Lahe Kokkuar no había dormido bien y no estaba del todo despierto cuando oyó a Raqo Wwarta decir: *allá están, las murallas*. Krewa se alzaba en medio de los llanos de Nnnolah, al final de una prolongada ascensión de varias leguas, que retomaba el curso del Taavtan. Al estar en alto, re-

sultaba imposible obtener una perspectiva general de su interior. Pasaron aún muchas horas antes de que distinguieran algo más que la mancha parda y difuminada de sus fortificaciones, pero lo que al fin vieron acabó por quebrar su ánimo. En torno a la ciudad crecían unos pobladísimos arrabales, tejidos con casuchas destartadas y tiendas apestosas, donde sólo parecía resguardarse en condiciones la podredumbre.

—Esto ha cambiado mucho desde la última vez que estuve aquí —señaló Raqo Wrrarta, con el gesto decepcionado, mientras contemplaba los desarrapados pobladores de los suburbios, que salían a la calzada para matar el tiempo curioseando a los recién llegados—. Antes no estaba tan sucio, ni olía tan mal.

—Han instaurado visados para entrar —dijo Ketru Taaarwek—. Era de esperar, están desbordados con tanta gente.

Lahe Kokkuar observaba con el corazón encogido las caras de los inmigrantes que veía al pasar, tratando de imaginar las calamidades que habrían tenido que soportar para desplazarse hasta Krevva, cuántos de ellos habrían sido atacados por kzij en los bosques de Uunortoh, o cuántos habrían tenido que dejar algún ser querido bajo un montón de piedras al borde de la ruta. Y todo para descubrir que no había ninguna meta al final del camino, que lo que les esperaba era la inmundicia de los arrabales, la supervivencia sin porvenir entre la miseria extramuros de la gran capital.

Atravesaron el extenso arrabal y, cuando todavía conservaban la atención enfocada en la pobreza desplegada a su alrededor, desembarcaron en La Gran Puerta de Krevva. Lahe Kokkuar echó un vistazo a la impresionante entrada, fabricada de madera y hierro, imponente tanto por su tamaño como por su peso, cuyas hojas eran tan grandes, que se diría que no había forma de cerrarlas y su valor estaba en la mera disuasión. Todos los accesos eran inspeccionados por un cuerpo especial de funcionarios, los telxa, que a la larga eran los que decidían quién entraba y quién no. Ante ellos se agolpaba una muchedumbre de lo más variopinto, a la que obligaban a dar todo tipo de explicaciones. Los ciudadanos de pleno derecho exhibían un salvoconducto, una suerte de medallón plateado que llevaban en el cuello y les facultaba el paso de manera automática. A los naturales del valle de Nztyahrah se les preguntaba por el motivo de su visita, y casi siempre se les concedía la entrada, facilitándoles un pergamino sellado, del que no debían desprenderse hasta su salida. Al resto se los bombardeaba con preguntas sobre su origen, su profesión, su alojamiento previsto, o si alguien de la villa respondía por ellos; cualquier cosa que derivase en una

respuesta inadecuada y en la prohibición de ingresar en Kрева. Los carromatos eran revisados con minuciosidad para asegurar que no hubiera nada oculto en ellos. Mientras esperaban, los telxa hicieron salir de un carro de maíz a dos niños escondidos entre las mazorcas. Para sorpresa de Lahe Kokkuar, eran las familias pobres con niños las que tenían más dificultades para entrar, y eran bienvenidos obreros, picapedreros, o torneros, algunos de inquietante aspecto.

—Es por el ansia de construir de los nobles —explicó Raqo Wwarta—. Constantemente se están haciendo obras en la ciudad.

Un hombre de aspecto desaliñado solicitaba la admisión sin descanso. A pesar de la reiteración, no ponía excesivo empeño en su demanda y nadie parecía reparar en él. Se movía desorientado, como si no lograra ubicarse. Se diría que su único afán era el ingreso en Kрева, pero sin ninguna prisa por conseguirlo. Lahe Kokkuar conjeturó que tal vez aquel hombre no tenía prisa porque no le quedaba nada por hacer en la vida, salvo traspasar el umbral de las murallas, y podía aguardar toda una eternidad junto a sus puertas. Cuando uno de los telxa agotó la paciencia y lo apartó de un empujón, el individuo se limitó a dar una vuelta completa, mirando a su alrededor sin comprender, antes de volver al tumulto para continuar con sus reclamaciones. Lahe Kokkuar imaginó en él a Aen Gahareq, vaciado de espíritu, sin destino ni pertenencias, vagando por los llanos de Nnnolah, guiado por la simple inercia hasta las puertas de Kрева, incapaz de saber qué hacer cuando éstas se cerraran frente a él.

Permanecieron en la cola mientras eran testigos de altercados de todo tipo, aunque los telxa apagaban con contundencia el más mínimo atisbo de disputa. Apenas uno de cada diez solicitantes lograba el permiso para entrar, el resto debía marcharse a otras ciudades, o acampar extramuros. Para aquellos que habían huido por miedo del valle de Nazarahrht no era aceptable la oferta de esperar indefensos, dejando pasar el tiempo hasta que los alcanzara lo que habían dejado atrás. Era difícil explicar en la despreocupada Kрева el horror que estaba cruzando el desfiladero de Pkenan.

Raqo Wwarta no estaba seguro de conseguir acceder sin problemas. Ya no estaba al servicio de El Gerak, y se hacía acompañar de un jaaok y de un muchacho del todo embozado. Ni siquiera conservaba su pañuelo con la divisa de zekgda. Sin embargo, cuando les llegó el turno, no fue necesaria su intervención. Ketru Taaarwek dio un paso al frente y enseñó el mango de su espada, que desenvolvió, con lentitud, por primera vez desde que lo conocieran. Ninguno de ellos vio una pulgada del arma del wdraki, pero a Lahe Kokkuar le llamó la aten-

ción la cara de sorpresa del telxa que debía autorizar el ingreso. Nadie más que él sabía que tras la negra máscara de cuero se ocultaba el antiguo hemarajes de El Gerak, pero se dio cuenta de que para Ketru Taaarwek tanto daba descubrir su rostro, como su espada. El funcionario les abrió paso con nerviosismo, permitiendo la entrada de los cuatro. Quizá hubiera dejado pasar cincuenta si en ello hubiera estado el capricho del wdraki.